

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**NUNCA MATES
EN DOMINGO**

**Clark
Carrados**



El disparo sonó restallante, reverberando luego en multitud de ecos por las montañas cercanas, antes de extinguirse del todo. Volvió el silencio a la zona, pero fue por poco tiempo.

El hombre pescaba tranquilamente en el arroyo, introducido con el agua hasta las rodillas, convenientemente protegido por las botas propias al caso, cuando oyó el disparo y, al mismo tiempo, sintió un agudísimo dolor en la espalda, a la altura del corazón. El salto que dio fue más un acto reflejo que realizado por voluntad propia. Lanzó la caña a lo alto, extendió los brazos y cayó de bruces, provocando un gran chapoteo de espumas con el impacto de su cuerpo.

Flotando boca abajo, el pescador, muerto instantáneamente, fue arrastrado un poco por la corriente, hasta quedar detenido por unas ramas situadas a flor de agua, junto a la orilla. Ahora sólo se percibía el leve rumor del arroyo y de las hojas de los árboles, agitadas por una suave brisa, pero no pasó mucho tiempo sin que se alterase de nuevo la situación.



Clark Carrados

Nunca mates en domingo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1772

ePub r1.0

Lds 12.03.19

Título original: *Nunca mates en domingo*

Clark Carrados, 1984

Cubierta: Fabá

ePub modelo

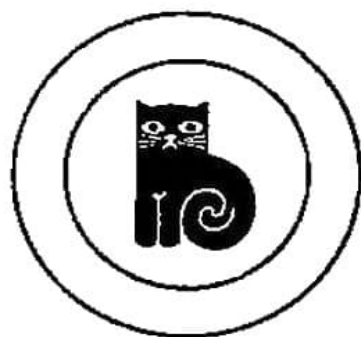
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El disparo sonó restallante, reverberando luego en multitud de ecos por las montañas cercanas, antes de extinguirse del todo. Volvió el silencio a la zona, pero fue por poco tiempo.

El hombre pescaba tranquilamente en el arroyo, introducido con el agua hasta las rodillas, convenientemente protegido por las botas propias al caso, cuando oyó el disparo y, al mismo tiempo, sintió un agudísimo dolor en la espalda, a la altura del corazón. El salto que dio fue más un acto reflejo que realizado por voluntad propia. Lanzó la caña a lo alto, extendió los brazos y cayó de bruces, provocando un gran chapoteo de espumas con el impacto de su cuerpo.

Flotando boca abajo, el pescador, muerto instantáneamente, fue arrastrado un poco por la corriente, hasta quedar detenido por unas ramas situadas a flor de agua, junto a la orilla. Ahora sólo se percibía el leve rumor del arroyo y de las hojas de los árboles, agitadas por una suave brisa, pero no pasó mucho tiempo sin que se alterase de nuevo la situación.

Alan Beck, dormía pacíficamente, tumbado sobre la hierba, a la sombra de un espeso arbusto, que casi tenía dos metros de altura, cuando oyó el disparo, hecho a cortísima distancia del lugar en que se hallaba. Sobresaltado, se puso en pie. Al levantarse, su cabeza chocó con algo duro.

Era el cañón del rifle que acababa de ser disparado. Beck divisó al hombre que caía de bruces sobre el arroyo y, en una fracción de segundo, comprendió lo ocurrido.

El asesino se sobresaltó también. Se había situado tras el matorral, para sorprender mejor a su víctima, sin percatarse de que tenía un testigo prácticamente a sus pies. Su sorpresa no fue menor

que la del hombre a quien acababa de despertar con el disparo.

Desconcertado, el asesino perdió el rifle por unos instantes, a consecuencia del golpe que Beck le había dado involuntariamente. Beck, por otra parte, se dio cuenta de que su presencia allí podía acarrearle gravísimos perjuicios y, sin pensárselo dos veces, emprendió una precipitada huida.

El equipo que había llevado consigo quedó abandonado. A Beck no le preocupó; lo único que le interesaba en aquellos momentos era salvar la vida. Había sido testigo de un asesinato y estaba seguro de que el criminal trataría de eliminarle, para evitarse problemas en el futuro.

Beck tenía menos de treinta años, estaba habituado a moverse al aire libre y llevaba una vida muy apacible, con lo que poseía una resistencia física poco común. Cuando empezó a correr, tenía la razonable seguridad de que, en escasos momentos, conseguiría esquivar al asesino.

A los treinta metros, sonó detrás de él un disparo. Beck oyó primero el silbido de la bala y luego su horrible chillido al rebotar contra una roca. Aceleró el paso.

Ahora corría por la orilla del arroyo, procurando interponer siempre entre él y su perseguidor no sólo la mayor cantidad posible de terreno, sino también cuantos árboles y arbustos encontraba al paso, a fin de burlarle. De nuevo oyó el detonar del rifle y volvió a oír el amenazador silbido de la bala.

El asesino le perseguía, ya no cabía duda. Beck se preguntó si no sería mejor esconderse en alguna parte, aguardarle donde no fuese visto y atacarle después, al menos para quitarle el arma. No tenía miedo a una lucha cuerpo a cuerpo con cualquiera, pero, en el cortísimo instante que había durado la visión, se había podido dar cuenta de que el asesino utilizaba un poderoso rifle de caza.

—Derribaría a un elefante como si fuese un pajarillo —murmuró, sin dejar de mover las piernas.

Sonó otro disparo, pero ahora ya había sido efectuado desde una distancia mucho mayor. Beck comprendió que el asesino tiraba un poco al bulto. Una vez se volvió y creyó ver una silueta entre la vegetación, a más de setenta pasos. El asesino se había detenido, desconcertado al parecer por haber perdido la pista del incómodo testigo que había presenciado el crimen. Beck entrevió una figura

vestida con ropajes tipo «leopardo», con manchas, como los utilizados por las tropas para combatir en la selva, pero no se detuvo a captar más detalles y continuó corriendo.

Ya no sonaron más disparos, pero Beck decidió alejarse un buen trecho, a fin de despistar a su perseguidor. Estaba seguro de que éste, pasado un tiempo, desistiría de encontrar a su segunda víctima y abandonaría el lugar. Eran demasiados disparos y podía haber más gente en aquéllos aparentemente desiertos parajes.

Continuó su frenética carrera, siempre en sentido descendente y con una trayectoria más o menos paralela al arroyo. Medio minuto más, llegó a la razonable conclusión de que había conseguido burlar al asesino.

Casi en el mismo instante, atravesó en tromba un frondoso matorral, de más de dos metros de altura. Casi en el acto, después, oyó un agudo chillido.

Fue una visión fugaz, que duró apenas medio segundo. Impelido por la inercia de la velocidad, Beck intentó esquivar a la figura blanca que estaba en pie sobre una ancha roca plana, pero no lo consiguió del todo y la golpeó en un hombro.

Era una mujer y estaba completamente desnuda. Volvió a chillar otra vez cuando sintió el golpe. Beck no podía detenerse ya en tan corto espacio de terreno.

Ella estaba al borde de la roca. Debajo, a unos cuatro metros de distancia, se veían las tranquilas aguas de un remanso. La mujer abrió los brazos y cayó al agua. Beck cayó también al mismo tiempo.

La profundidad de las aguas era suficiente para no sufrir ningún daño. Después de sumergirse, Beck afloró de nuevo a la superficie. La mujer asomó un instante después, con la indignación pintada en un rostro que él encontró particularmente atractivo. Los cabellos, completamente mojados, se pegaban a sus sienes y eran de color negro. «Era hora de dar explicaciones», pensó Beck.

* * *

La joven abrió la boca para protestar, pero Beck se notó en dificultades, debido a las ropas empapadas y a las pesadas botas que calzaba, para poder caminar cómodamente por las montañas, por lo

que hizo un esfuerzo y nadó hasta agarrarse a un saliente de la roca y mantenerse así a flote. Ella lanzó un grito de cólera:

—¿Es que está loco? ¿Qué manera es ésa de correr, atropellando a la gente con toda desconsideración? ¿Se ha creído usted que es el dueño de estos terrenos?

La joven hablaba, mientras, con leves movimientos de los brazos, se mantenía a flote, Con la mano libre. Beck se limpió el agua de los ojos.

—Dispénseme. Me perseguían y no la vi cuando llegué a este lugar...

—¿Le perseguían? ¿Quién? —preguntó ella.

—No lo sé. No le he visto en mi vida, lo único que puedo decirle es que el hombre que corría detrás de mí, acababa de cometer un asesinato.

—¿Qué? ¿Había en serio?

—Totalmente, señora. ¿Es que no ha oído los disparos?

—No he oído nada. Me quedé dormida arriba, en la piedra, y desperté justo cuando llegaba usted, arrollándolo todo a su paso.

—Ah, tomaba el sol... sin..., sin ropa...

—¿Hay algo de malo en ello, cuando no se tienen mirones alrededor?

—Bueno, yo no me considero un mirón. Si la hubiese visto en otras circunstancias, me habría marchado para no molestarla... Oiga, ¿le importa que salga del agua? Empiezo a sentirme incómodo; estoy empapado de pies a cabeza y necesitaría secar mis ropas.

—Salga si quiere, pero yo tendré que quedarme hasta que se haya marchado. Aunque la verdad es que también empiezo a sentir frío. Son aguas de montaña y están todavía frías en esta época del año.

—¿Quiere que le traiga ropas a la orilla? Se las dejo en el suelo y esperaré a que se vista... Además, conviene explorar el terreno, porque el asesino puede estar todavía por las inmediaciones. Si me ve, tratará de matarme, como ya lo ha intentado en más de una ocasión. Me ha disparado tres tiros, ¿sabe? Y usted no lo pasaría mejor, si presenciase mi muerte.

Ella tenía la boca entreabierta, estupefacta por lo que estaba oyendo.

—No sé si dice la verdad o es un bromista...

Beck empezó a nadar en busca de la orilla.

—¿Dónde tiene sus ropajes? —preguntó.

—Arriba, a la sombra, en el matorral por donde pasó usted como un rinoceronte enfurecido.

—Si a usted la hubiese perseguido un tipo con un rifle de caza, también habría actuado del mismo modo —contestó él malhumorado—. A propósito, me llamo Alan Beck.

—Eunice Millman —dijo la joven—. Aviseme cuando haya encontrado mis ropas... Oiga, de momento, bastará que deje la toalla de baño junto a la orilla.

—Entendido.

Momentos después, Beck salía del agua, sacudiéndose como un perro mojado. Durante unos momentos, percibió la desagradable sensación de estar siendo observado a través de la mira de un fusil de caza. Se le hizo un nudo en el estómago y no pudo por menos de recordar la visión del hombre muerto, desplomándose de bruces, con los brazos completamente extendidos, tras el mortal impacto de la bala.

Pero todo parecía tranquilo. El asesino, calculó, debía de haber desistido de la persecución. Sin duda, sabía que Beck había podido ver muy poco de él. El encuentro fortuito había durado menos de un segundo. Además, llevaba lentes de color. Los cristales eran muy claros, para no estorbar la puntería, pero resultaba un método suficiente para alterar convenientemente las facciones de una persona.

Después de quitarse las botas y vaciarlas de agua, emprendió el ascenso por una pequeña cuestecilla, hasta alcanzar la losa plana en la que Eunice había estado tomando el sol. A los pocos momentos, llegó a una conclusión muy poco agradable.

—¡Señorita Millman! —llamó—. ¿Es usted soltera?

Situada bajo la roca, que la ocultaba así a las miradas del joven, Eunice dio una respuesta malhumorada.

—Sí, soy soltera, pero ¿qué importa eso ahora? Vamos, hombre, bájeme la toalla a la orilla...

—Discúlpeme; sólo quería saber su condición, para el tratamiento adecuado.

Eunice elevó los ojos al cielo.

—¡Qué hombre! —murmuró—. Ahora se ocupa del protocolo...
Bueno, ¿me trae la toalla o no?

—Lo siento, señorita Millman, pero aquí no hay una sola prenda de ropa —declaró Beck.

CAPÍTULO II

Después de las palabras del joven, se produjo un profundo silencio.

—¿Está seguro? —preguntó Eunice, al cabo casi de medio minuto.

—Absolutamente. Usted dijo junto al matorral, supongo que a la sombra, pero no hay tela siquiera para envolver la uña del dedo meñique.

—¡No puede ser! —gritó la joven.

—Pues... por lo visto, así es. Oiga, ¿no la habrá dejado en algún otro sitio? —¡No! Me desnudé ahí, precisamente, justo en el matorral, a tres metros del borde de la roca... Mire bien, hombre; voy a quedarme tiesa si sigo mucho más dentro del agua.

Beck exploró a conciencia las inmediaciones. Al cabo de unos momentos, regresó junto al borde de la roca.

—Insisto, no hay una sola prenda de ropa —dijo.

—Ese malnacido de Kent Coutts... —Oyó a la joven—. Habrá sido él, no cabe la menor duda...

—¿Quién es Coutts? —inquirió Beck.

—Un amigo... Vinimos juntos de excursión... Nunca debí fiarme de él...

—¿Estaba con usted cuando se desnudó para tomar el sol?

—No. Dijo que iba a... Oiga, tengo que salir; ya no lo puedo resistir más... —Espere, vamos a hacer una cosa. Salga por donde he salido yo y aguarde oculta en unos matorrales. Buscaré algo de leña, encenderé un fuego y secaré al menos mi camisa, ¿le parece bien?

—Sí, desde luego.

—Y, créame, no miraré y avisaré antes para que pueda esconderse. Luego resolveremos su situación, señorita Millman.

—Empiezo a pensar que tendré que darle las gracias —dijo ella, desalentada.

—No se preocupe. —Beck hizo una corta pausa—. Peor está el tipo que recibió una bala en la espalda.

—¿Es cierto?

—Tan cierto como la desaparición de sus ropas.

—Ese bandido se habrá llevado también mi coche... —gimió Eunice.

Beck se despojó rápidamente de una cazadora de campo y se quitó la camisa. En pocos momentos, reunió un montón de leña seca y encendió el fuego.

La camisa quedó casi seca un cuarto de hora más tarde. Beck torció el gesto; no sería suficiente, calculó.

—Señorita Millman —llamó.

—¿Sí, señor Beck?

—Oiga, me parece que no va a tener bastante con la camisa. Tendrá que ponérsela en torno a la cintura, como una falda, y luego cubrirse con mi cazadora.

—¿Y usted?

—Bueno, llevo camiseta... ¿No trajo más ropas de repuesto?

—Están en el coche. Lo dejamos en el camino forestal, a un cuarto de milla aproximadamente, hacia el Este. Luego cubrimos a pie el resto del camino... —Bueno, no se preocupe. Aquí, en la roca, tiene mis ropas. Yo iré a ver si encuentro su coche.

Beck giró en redondo y echó a andar por un sendero abierto por los pies de cientos de personas que habían ido a aquellos parajes antes que ellos. Diez minutos más tarde, encontró la carretera forestal.

También encontró ciertas señales, que le hicieron saber con certeza lo ocurrido. Meneando la cabeza con pesimismo, emprendió el regreso.

Eunice se había vestido de la forma que él le había indicado. Beck apreció que era más alta de lo que había supuesto, a pesar de estar descalza, y aunque las ropas prestadas no realzaban precisamente su figura, supo que era muy esbelta, con la silueta propia de una maniquí.

—Coutts se llevó su coche, señorita Millman —anunció—. Las señales en la tierra del camino son inconfundibles.

Muy deprimida, Eunice se sentó en el suelo. Beck se dio cuenta de que ella hacía verdaderos esfuerzos para no llorar.

—Y ahora, ¿qué hago? —dijo la joven con acento gemebundo.

* * *

Al cabo de unos momentos, Beck creyó haber hallado la solución.

—Escuche... Mi *jeep* está a poco más de un kilómetro, no lejos del lugar donde se cometió el crimen, —le explicó las circunstancias de su fuga y continuó—: Allí tengo un mono que, en ocasiones, utilizo si tengo que reparar una avería o hacer un trabajo que pueda mancharme las ropas. Está recién lavado y podrá ponérselo y regresar conmigo a Scrantone... es decir, si vive usted en esa ciudad.

—Sí, vivo allí —respondió Eunice—. Pero hay un inconveniente: estoy descalza.

No podré caminar por este terreno...

—Eso tiene fácil solución —dijo Beck con brillante sonrisa.

Hurgó en sus bolsillos y extrajo una navaja de múltiples usos. Con las tijeras, cortó sus pantalones casi a ras de las caderas y, sacándose las perneras, miró a la muchacha.

—Siéntese —ordenó—. Voy a envolverle los pies. Son pantalones para andar por el campo, de tela fuerte, y evitarán que se dañe las plantas de unos pies... tan bonitos —añadió maliciosamente.

Eunice se sonrojó, pero hizo lo que le decían. Admirada, vio que Beck extraía de uno de sus bolsillos un rollito de cuerda fina, con la que aseguró los trozos de tela con que había envuelto sus pies. Al terminar, le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

Ella le contempló unos instantes. Era un hombre alto, ancho de hombros, de cabellos muy claros y ojos azules, de mirada franca y abierta, que se hacía simpático instantáneamente. ¿De dónde había salido aquel Apolo?, se preguntó.

Lo comparó mentalmente con Kent Coutts y éste perdió en el acto.

—¿Nos ponemos en marcha? —dijo él.

—Sí, desde luego.

—Es cosa de un kilómetro, algo más, quizá, pero no mucho.

Durante unos minutos, caminaron en silencio. Luego, ella comentó:

—Oiga, usted corría como un... gamo. Si llega a chocar de lleno conmigo, me mata.

—Soy hombre decidido en ciertas ocasiones, pero no cuando un tipo me dispara con su fusil y yo sólo dispongo de las manos... y de mis piernas. Vi morir al pescador y, créame, no resultó nada agradable.

—Tuvo que ser horrible, en efecto —convino Eunice—. ¿Por qué le matarían?

—No tengo la menor idea, señorita Millman. Dígame, ¿es muy amigo suyo ese tal Kent Coutts?

Ella se mordió los labios.

—Eso es lo que creía hasta ahora —contestó.

—Me pregunto por qué se habrá llevado, no sólo las ropas, sino el coche. Claro que si era suyo...

—No, el coche es mío. Y ya sé por qué se escapó, dejándome solo con lo puesto... es decir, la piel y nada más.

—¿Sí?

—Mañana, lunes, tenía que hacer un pago a primera hora. Cinco mil dólares.

Tenía el dinero en mi chaqueta...

—¿Cinco mil dólares en billetes? —se asombró Beck.

—El... acreedor lo exigió así —respondió Eunice parcamente.

Beck no quiso insistir, aunque le parecía muy extraño que una deuda de cierta importancia tuviese que ser cancelada con billetes y no por medio de un cheque. Una cosa era cierta: Coutts había dado un buen «golpe», desposeyendo a la joven de algo que era legítimamente suyo.

¿Cómo había podido confiar en un hombre de tal calaña?, se preguntó.

Acabó por encogerse de hombros. Era cosa de Eunice y él, se aconsejó a sí mismo, no debía meter las narices en asuntos ajenos.

Poco más tarde, encontraron el cadáver del pescador, enganchado todavía a las ramas de la orilla. Eunice se estremeció al verlo.

Beck sacó el cadáver a la orilla, para evitar que una

inconveniente agitación de las aguas pudiera arrastrarlo. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Tenemos que avisar a la policía. Iremos al puesto de guardabosques que hay a tres millas. Allí hay teléfono y radio y un hombre de guardia constantemente.

—¿Y su coche?

Beck sonrió.

—Sólo nos faltan seiscientos metros —dijo.

Cuando encontraron el coche, Eunice lanzó un grito de asombro al ver levantada la tapa del motor.

—El asesino se lo ha averiado, para que no pueda perseguirlo —dijo.

Beck no pareció inmutarse. Examinó unos momentos el motor y luego se acercó al departamento posterior.

—Más le habría valido deshincharme las ruedas —dijo—. Se llevó las bujías y el distribuidor, pero no se le ocurrió tocar las herramientas ni la caja de repuestos.

Eunice observó al joven mientras actuaba con singular destreza. Faltaban en el motor el distribuidor y las bujías, pero Beck tenía repuestos y, en pocos minutos, el coche estuvo en disposición de funcionar.

Al concluir la tarea, Beck se dio una palmada en la frente.

—¿Cómo he podido olvidarme...?

Hurgó en el departamento posterior del coche y sacó un mono, que puso en manos de la muchacha.

—Tendrá otro aspecto —sonrió.

Eunice fue a cambiarse al otro lado de unos arbustos. Al regresar, se sentó junto a Beck, en el asiento delantero.

—Y ahora —dijo él—, a la estación forestal. Es preciso informar de lo ocurrido... y si le digo la verdad, señorita Millman, me gustaría saber por qué un miserable no ha sido capaz de respetar la paz del domingo, disparando por la espalda contra un hombre indefenso.

—Tendría algún motivo, ¿no le parece?

—Nunca hay motivo suficiente para privar de la vida a un ser humano —contestó Beck gravemente, a la vez que hacía girar la llave de contacto. El motor arrancó satisfactoriamente.

Habían transcurrido pocos minutos de la mañana del lunes, cuando, de repente, Eunice sintió que llamaban a la puerta de su apartamento.

Envuelta en una bata, acudió a abrir. Su sorpresa fue enorme al reconocer a Beck.

—Buenos días —dijo el joven, con una brillante sonrisa—. ¿Cómo se encuentra?

¿Ha descansado bien?

—Sí, bastante bien, pero estoy sorprendida de verle tan temprano...

—El sol salió hace más de tres horas —repuso él jovialmente—. Señorita Millman, le traigo algo que quizá pueda ayudarla.

Antes de que Eunice pudiera darse cuenta de lo que sucedía, se encontró con un abultado sobre en las manos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Usted tenía que hacer un pago a primera hora de la mañana. Me he permitido ir al banco y sacar cinco mil dólares en billetes.

—Pero..., pero...

—Usted no tiene esa suma, ¿verdad?

Eunice se mordió los labios.

—Sólo cuento con mi salario —admitió—. Es bueno, pero, en los últimos tiempos he tenido algunos gastos imprevistos... —De pronto, devolvió el sobre al visitante—. No puedo aceptarlo, señor Beck —exclamó.

Beck realizó la operación de nuevo en sentido contrario y cerró las manos de la muchacha en el sobre.

—Acéptelo —dijo—. Lo hago sin segunda intención; sólo por ayudarla. Pero tenga en cuenta que es un préstamo. Ya me lo devolverá cuando pueda.

Los ojos de Eunice se humedecieron.

—Nos hemos conocido apenas hace veinticuatro horas y ya confía en mí lo suficiente para prestarme una suma notablemente elevada —dijo—. No sé cómo agradecersele...

—No se preocupe. Cuando esté en condiciones, me devuelve el préstamo y en paz.

El teléfono sonó en aquel momento.

—Disculpe —dijo la joven.

Eunice atravesó la sala y levantó el aparato.

—Sí, soy yo... Lo siento; me quedé... dormida... Tengo el dinero, en efecto... Estaré allí dentro de treinta minutos, no se preocupe, pero tenga en cuenta que usted debe cumplir también su parte del trato... Eso espero. Adiós.

Colgó el teléfono y se volvió hacia el joven, que permanecía todavía en el umbral. —Tengo que vestirme— dijo, ligeramente sonrojada.

—Bueno, no quiero molestarla más... Ha sido un placer volverla a ver, se lo aseguro... Oiga, a usted le robaron el coche. ¿Quiere que la lleve a...?

—No, muchas gracias —replicó Eunice vivamente—. Tomaré un taxi. No quiero darle más molestias, señor Beck.

«No quieres que sepa adónde vas. Seguramente, a pagar a un vulgar chantajista», pensó él.

—Adiós, señorita Millman —se despidió con una sonrisa.

Al quedarse sola. Eunice se apoyó en la puerta, procurando contener las lágrimas que pugnaban por aflorar a sus ojos. Estuvo así unos instantes y luego, con aire resuelto, corrió a su dormitorio, para terminar de arreglarse.

Mientras se vestía, pensó en Beck y en el dinero que le había entregado. ¿De dónde había sacado cinco mil dólares? ¿A qué se dedicaba?

¿Qué, qué hacía el domingo en la sierra? ¿Por qué estaba casualmente en el lugar donde se había cometido un asesinato, que había resultado ser la noticia más importante de los últimos tiempos?

Meneó la cabeza. Eran preguntas que, por el momento, no tenían respuesta. Ya lo sabría algún día... pero ahora, lo importante, era entregar el dinero al hombre que lo esperaba.

CAPÍTULO III

Salió de su casa, caminó unos pasos y agitó la mano para detener un taxi, en el que entró de inmediato. Al mismo tiempo, un coche de color gris claro, se puso en movimiento a poca distancia.

Beck siguió al taxi, hasta una estación de servicio situada en las afueras de la ciudad. Buscó un lugar discreto para estacionar su coche y luego se apeó.

Eunice había entrado en la cafetería y estaba sentada a una mesa, frente a un tipo de aspecto poco agradable. Era un sujeto de unos cuarenta y cinco años, medio calvo, con una nariz que parecía un garbanzo adherido a un rostro plano y ojos saltones, globulosos. Beck le colocó un apodo inmediatamente; Ojos de Rana.

—No, Ojos de Sapo —rectificó muy pronto.

El tipo tenía unos brazos ridículamente cortos, y, aunque estaba sentado, se podía apreciar la prominencia que estaba sentado, se podía apreciar la prominencia del vientre. Beck pensó que la naturaleza no se había portado muy bien con Ojos de Sapo. Pero a él, a su vez, parecía buscar el desquite para su fealdad, oprimiendo a otras personas.

Eunice abrió el bolso y sacó el sobre, pero lo retuvo en la mano, mientras Ojos de Sapo extraía otro sobre, más pequeño y delgado. Hubo intercambio de sobres. El hombre pareció sentirse muy complacido al contemplar el contenido del suyo. Eunice, por el contrario, hizo un gesto de contrariedad.

Beck adivinó lo que le sucedía a la muchacha. Ella gesticuló ligeramente. Ojos de Sapo meneó la cabeza.

Eunice apretó los labios y se puso bruscamente en pie, a la vez que decía algo que Beck no pudo escuchar. Pero estaba seguro de que ella apostrofaba a Ojos de Sapo, reprochándole que no hubiera

cumplido su palabra. El sujeto se echó a reír cínicamente. Luego chasqueó los dedos, como si ordenase a Eunice que se marchara de allí y le dejara en paz.

Beck no quiso que la muchacha le viera, pero se propuso dar una lección al desaprensivo individuo. Se ocultó para que Eunice no le viese y, cuando ella se hubo marchado en el mismo taxi, esperó a Ojos de Sapo, sentado tras el volante de su coche.

Ojos de Sapo salió a los pocos minutos y subió a su automóvil. Beck estaba seguro de que no repararía en él. El otro no le había visto jamás ni tenía noticias de su existencia. Cuando el coche de Ojos de Sapo se puso en marcha. Beck le siguió a cierta distancia, sin perderle de vista ni un solo momento.

Media hora más tarde. Ojos de Sapo llegó ante una casa, en la que entró inmediatamente. Beck siguió sus pasos.

El edificio tenía buen aspecto y disponía de conserje en el vestíbulo. Beck se acercó al mostrador.

—¿Puede decirme cómo se llama el hombre que acaba de entrar? —inquirió. El conserje le miró recelosamente.

—¿Policía?

Beck sacó dos billetes de cinco dólares.

—Conteste, por favor.

—El nombre es Carter Clancy. Apartamento 8 F.

—¿A qué se dedica?

El conserje se encogió de hombros.

—Lo ignoro. A veces, sin embargo, sale por ahí con un par de cámaras fotográficas. Creo que es reportero gráfico independiente...

—*Free lance*, ¿eh? —dijo Beck entre dientes. Era fácil imaginar la clase de reportajes que hacía Ojos de Sapo—. Está bien, muchas gracias. —Señaló el teléfono interior—. Si le avisa, le retorceré el pescuezo —amenazó.

—Descuide, señor, no diré nada —respondió el conserje.

Mientras subía en el ascensor a la novena planta, Beck se preguntó por qué hacía todas aquellas cosas. «¿Te has dejado seducir por unos ojos bonitos y una cara de princesa de cuento de hadas?», se preguntó.

Minutos después se detenía ante la puerta del apartamento 8 F. Cuando se disponía a tocar el timbre, se le ocurrió una idea.

Probó el pomo. Sonrió al darse cuenta de que la puerta no

estaba cerrada con llave. Giró el pomo y se coló sin hacer ruido en el apartamento.

El sujeto estaba en el interior, hablando por teléfono, seguramente en el dormitorio. Beck cerró con todo cuidado y avanzó unos pasos.

—Sí, ya tengo la «pasta» —decía Ojos de Sapo en aquel instante—. Ella se retrasó un poco, no sé por qué, pero, al fin, trajo el dinero, que es lo importante... ¿Entregarle todo? ¡Claro que no! ¿Me tomas por tonto? Esa estúpida puede resultar una mina de oro...

Beck sonrió para sí. Las sospechas se convertían en evidencia. A Eunice le hacían chantaje y pensaban seguir sacándole el dinero a cuenta de algo muy comprometedor y cuya publicación no le interesaba en absoluto.

—Bien, vamos a ver cómo se resuelve el problema —murmuró, a la vez que oía el chasquido del teléfono al volver a la horquilla.

* * *

Carter Clancy, el sujeto al que Beck había apodado Ojos de Sapo, salió del dormitorio y se acercó a una consola, donde había varias botellas. Agarró una, la destapó y entonces, al levantar la vista para beber directamente, se dio cuenta de que no estaba solo en el apartamento.

Encima de la consola había un espejo. La imagen de Beck se reflejaba en el vidrio azogado. Clancy, sorprendido en un principio, se volvió velozmente un instante después.

—¿Qué diablos hace aquí? —preguntó, colérico.

Sonriendo, Beck se acercó al sujeto y le quitó la botella.

—Es demasiado temprano para beber, ¿no le parece? —dijo, apacible.

Dejó la botella sobre la consola y luego, de repente y sin previo aviso, disparó el puño izquierdo contra el saliente vientre del sujeto.

Ojos de Sapo exhaló un gemido de agonía. Beck lo agarró por una oreja y le obligó a erguirse. Luego le asestó un seco derechazo en el mentón.

El sujeto cayó sobre la alfombra, con los pies por alto. Ojos de Sapo quedó tendido, aunque no había perdido el conocimiento por

completo. Beck divisó una jarra de agua sobre la consola y se la vació encima, para ayudarle a despejarse de nuevo.

—¿Por qué hace esto? —aulló Clancy, cuando se sintió algo mejor—. Yo no le he hecho a usted nada en mi vida...

El sujeto continuaba todavía en el suelo. Impasible, Beck se inclinó sobre él y agarró su pie derecho con ambas manos.

—Una mujer te ha entregado hoy cinco mil dólares —dijo—. Tú le has dado algo a cambio, pero no todo lo que debías entregarle. Ella ha cumplido su palabra y tú la has engañado.

Giró el pie bruscamente, aunque sin acentuar demasiado la torsión, y miró amenazador al sujeto.

—Ojos de Sapo, puedo retorcerte los dos pies, uno tras otro, de modo que tendrás que retroceder para andar hacia adelante —continuó—. ¿Dónde está lo que le faltaba a la señorita Millman?

—No pienso decírselo... —aulló Clancy.

Beck empezó a torcer el pie del sujeto. Clancy palmeó el suelo varias veces, al mismo tiempo que lanzaba rugidos inarticulados. El sujeto boqueó agónicamente y, al fin, emitió un gruñido.

—Suélteme, maldita sea... Esto es algo insoportable...

—¿Se trata de fotografías? —preguntó Beck.

Clancy hizo un gesto de asentimiento.

—Tienes los negativos también, supongo —añadió el joven.

—Sí, claro, maldita sea... Le diré dónde están...

Todavía con el pie de Clancy en las manos, Beck meditó un instante. De pronto, lo soltó y acercándose a la consola, agarró la botella que rompió en el acto contra el borde del mueble.

Clancy se levantaba en aquel momento. Beck lo agarró por una oreja, ya que no tenía pelo suficiente en la cabeza, y apoyó en su cuello los cortantes bordes de la botella rota.

—Vas a entregarme todas las fotografías, todas, y los negativos también. Si tratas de engañarme, te rajaré la yugular, ¿entendido?

El rostro de Ojos de Sapo estaba ceniciento.

—Lo... lo tengo en el laboratorio...

—Ah, dispones de un laboratorio... Debe de ser un bonito negocio sacar fotografías a la gente sin que se den cuenta y luego exprimir su cuenta corriente, ¿verdad? Anda, vamos allá, granuja.

Clancy echó a andar. Entraron en el dormitorio y el sujeto presionó un resorte, que hizo deslizarse a un lado el armario ropero.

Asombrado, Beck vio la puerta que había detrás del mueble y que daba al laboratorio, instalado en uno de los dos baños del apartamento.

Había estantes con frascos de todas clases. Clancy había instalado allí un par de amplias cubetas. También había un armario metálico, con aspecto de archivador.

—Menudo negocio —dijo el joven sarcásticamente—. Anda, dame lo que le falta a la señorita Millman.

—Tendrá que soltarme —jadeó Clancy.

—Sólo en parte —contestó Beck, cambiando su mano de la oreja al cuello de la chaqueta.

Clancy se acercó al archivador, lo abrió y sacó una carpeta que levantó por encima del hombro. Entonces, Beck tiró la botella a un lado.

—Vuélvete —ordenó.

Ojos de Sapo obedeció, sólo para encontrarse de nuevo con el puño del visitante en el mentón. Esta vez, Beck aplicó un poco más de fuerza y el *knock-out* del sujeto resultó fulminante.

Tranquilo por el momento, Beck se dedicó al examen del contenido de la carpeta. Había un juego completo de fotografías de hombres y mujeres, sorprendidos en una amplia habitación y en posturas realmente osadas. Para su asombro, Beck pudo comprobar que Eunice no aparecía en ninguna de las fotografías.

—Entonces, ¿por qué diablos...? —murmuró, desconcertado.

Al cabo de unos segundos, se guardó las fotografías y los negativos contenidos en la carpeta. Iba a marcharse ya, cuando de pronto, concibió una idea.

Clancy continuaba desvanecido. Comprobó que respiraba con normalidad y entonces se dedicó a una metódica labor de destrucción.

En el archivador había unas veinte carpetas con fotografías y negativos. Quemó éstos, no sin antes poner en marcha el acondicionador de aire, para ventilar la atmósfera. Luego fue rompiendo las fotografías en pedacitos, que arrojó por el sumidero.

Encontró un pisapapeles de mármol y sonrió al pensar en el uso que le iba a dar y para el que no había sido fabricado. Había allí dos cámaras y las destrozó a golpes, haciendo lo mismo con la ampliadora.

Todos los líquidos de revelado fueron a parar también al sumidero. Finalmente, se inclinó sobre Clancy y le quitó el sobre con los cinco mil dólares.

—Esto evitará que Eunice tenga que devolverme el préstamo —sonrió. Ojos de Sapo empezaba a recobrarse cuando el joven se marchó, pero no había aún la suficiente claridad en su mente para darse cuenta de que se quedaba solo. Al recobrar la consciencia por completo, recibió una desagradable sorpresa.

* * *

El hombre llamó a la puerta. Aturdido aún, con dolores en el mentón. Clancy fue a abrir y se encontró cara a cara con el visitante.

—Tardabas demasiado —dijo éste—. ¿Por qué no has venido a verme?

Clancy hizo una mueca.

—Ha ocurrido algo...

—Carter, no me vengas con excusas. Tenías que llevarme la mitad de lo que te han dado hoy. ¿Por qué no lo has hecho?

A Clancy aún le dolía el tobillo derecho. Cojeando, echó a andar, a la vez que hacía un gesto con la mano.

—Ven —dijo.

El otro le siguió. Clancy le enseñó el laboratorio secreto, completamente devastado.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —exclamó el otro—. ¿Ha pasado un tornado?

—No conocía al tipo, nunca le había visto, pero me dio una paliza y luego amenazó con cortarme el cuello. Tuve que traerle aquí, me golpeó y me hizo perder el conocimiento. Mientras permanecía sin sentido, lo destrozó todo, absolutamente todo. Mira las carpetas, están todas vacías... Ha quemado los negativos, ha destruido las fotografías... las cámaras están para tirar a la basura...

La voz de Clancy se quebró en un sollozo. El visitante frunció el ceño.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó—. ¿Cómo diablos llegó a saber...?

—No tengo la menor idea. Entró en el apartamento y empezó a

golpes conmigo... Es un sujeto gigantesco, hercúleo... ¿Qué podía hacer yo? —gimoteó Ojos de Sapo.

Hubo un momento de silencio. Luego, el otro habló:

—Dices que era alto y hercúleo...

—Sí, con el pelo muy rubio. Joven, no tiene más de treinta años...

—¿Policía?

—No Jo creo.

De nuevo se produjo otra pausa de silencio. Bruscamente, el otro se acercó a la ventana del baño y la abrió, para asomarse al exterior.

—¡Diablos! —exclamó de pronto—. Creo que ese tipo está ahí todavía.

—¿De veras? —dijo Clancy esperanzadamente.

—Sí, creo que sí... Mira tú mismo, Carter...

Clancy se acercó a la ventana, que daba a la trasera del edificio, y sacó casi medio cuerpo fuera. Repentinamente, sintió que dos manos se aferraban a sus tobillos.

Un chillido de pánico se escapó de sus labios, pero todo ocurrió con demasiada rapidez, para que pudiera reaccionar. Apenas un segundo más tarde, se encontró en el aire, descendiendo con creciente rapidez hacia el suelo, a veinticinco metros de distancia.

El asesino se marchó discretamente. Al salir de la casa tuvo la precaución de ponerse unas gafas de color. En la calle nadie parecía haberse dado cuenta de lo sucedido.

CAPÍTULO IV

Llamaron a la puerta y Beck fue a abrir. Sonrió al reconocer a su hermosa visitante.

—Le dieron mi recado —dijo.

—Sí —contestó Eunice—. Estuve fuera todo el día...

—Sólo dije que había estado a verla, no pedí que viniera a mi casa —manifestó él. Se echó a un lado y Eunice cruzó el umbral. Era ya de noche y hacía rato que Beck había cenado.

—¿Preparo café? —sugirió.

—No me sentaría mal —admitió ella.

—Estará en seguida. Mientras tanto, acomódese, por favor.

Eunice se sentó en un diván de diseño rabiosamente futurista y contempló el interior del apartamento. Era muy lujoso y estaba decorado con singular gracia, aunque el ambiente parecía más propio del siglo XXI. Beck, supuso, debía de ser hombre de elevados ingresos. Aquella misma mañana, le había dado cinco mil dólares y...

El dueño de la casa apareció a poco con una bandeja en las manos. Sirvió el café y luego se apartó un poco, para buscar algo en un escritorio situado en el extremo opuesto de la sala.

Regresó con una carpeta que puso en manos de la joven.

—Ábrala —dijo.

Eunice lo hizo así. En su rostro se reflejó una inmensa sorpresa al ver la serie de fotografías idénticas en todo a las que le habían sido entregadas por la mañana.

—¿Cómo lo ha conseguido? —exclamó, atónita.

—No se preocupe —sonrió Beck—. Como puede apreciar, también están los negativos.

—Lo destruiré todo...

—Usted no aparece en ninguna de las fotografías.

Eunice se mordió los labios.

—No lo hice por mí —manifestó.

—¿Alguna... amiga?

Ella hizo un leve gesto de asentimiento. Beck comprendió que no quería dar más detalles y, a fin de cuentas, pensó, poco le importaba, por lo que no insistió sobre el particular.

—Creo que podré devolverle el dinero muy pronto —dijo Eunice al cabo de unos momentos.

—No se preocupe. No tiene que devolverme nada. El chantajista me lo entregó sin demasiadas objeciones. —¿Cómo ha sido posible...?

—Bueno, debo confesar que soy un tipo, en ocasiones, demasiado curioso. Primero la seguí a usted hasta el lugar del encuentro con el chantajista. Luego seguí a éste y sostuvimos una agradable conversación en su propio apartamento. Sintiéndose profundamente arrepentido, me entregó las fotografías, los negativos y el dinero. Y eso es todo, señorita Millman.

Eunice le miró fijamente.

—No le creo, pero estimo que debo agradecerse, señor Beck.

—¿Por qué no me llama Alan?

Hubo un intervalo de silencio. Luego, Eunice sonrió.

—Gracias. Alan. Le aseguro que nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

—Eso está muy bien, pero creo que todavía le queda algo por hacer.

—No entiendo. Alan.

—Yo he recuperado los cinco mil dólares que le presté. Pero ¿y los que le robaron a usted ayer en la sierra? ¿Dónde está su coche?

Ella movió la cabeza pesadamente.

—He intentado localizarle, pero no he podido dar con él —contestó—. Ciertamente, he perdido cinco mil dólares y un coche, pero me duele mucho más el engaño de que he sido objeto. Creí que era un hombre decente y ha resultado ser un vulgar estafador.

—A veces pasan cosas así. El que creemos más amigo nos clava un puñal por la espalda... Pero no se amargue la existencia. Por mucho que él crea que ha hecho un buen negocio, está equivocado, porque ha perdido el afecto de una preciosa joven y eso vale mucho

más que lo que le quitó.

Eunice sonrió.

—La verdad es que usted sabe confortar a las personas. Alan. Gracias otra vez —dijo.

—Está bien. Hablemos de otra cosa. ¿Ha leído los periódicos? ¿Sabe ya quién es el pescador que asesinaron ayer en la sierra?

—Se llamaba Mortimer Kranz y era un importante hombre de negocios, pero nadie sabe por qué lo asesinaron —confesó Eunice.

—El criminal estuvo a punto de acabar también conmigo. No me gustaría volver a encontrármelo.

Apenas había hablado el joven, se oyó un ruido de crista les rotos y el sordo estruendo de algo que se clavaba en la pared opuesta. Eunice lanzó un grito de susto.

Beck estaba en pie mientras hablaba con la muchacha y volvió la vista hacia la ventana. Instantáneamente, se tiró al suelo, justo una fracción de segundos antes de que se viera un segundo agujero estrellado en otro de los cristales.

—Échese al suelo, Eunice —gritó él—. Nos tirotean...

Aturdida, pero comprendiendo que debía obedecer al joven, Eunice se tendió en el suelo, junto al diván. Instantes más tarde, se oyó otro chasquido y la bala, después de atravesar el respaldo del diván, fue a hundirse en la pared, muy cerca del suelo.

* * *

Tendidos en la alfombra, a un paso de distancia, se contemplaron recíprocamente.

—Alan, ¿por qué nos disparan? —preguntó Eunice temerosamente.

—Yo diría más bien que tiran contra mi —opinó el joven—. Usted no les interesa... perdón, estoy hablando en plural, pero creo que es uno solo el que tiene interés en borrar me del mundo de los vivos.

—¿Por qué? ¿Ha hecho usted algo malo?

—Tuve la desgracia de toparme con el asesino de Kranz, apenas cometido su crimen. Quiso matarme, no lo consiguió, y ahora trata de realizar lo que ayer le resultó imposible.

—Eso quiere decir que el asesino le conocía, ¿no?

—Creo que no —contradijo Beck—. Pero encontró mi coche y pudo examinar la documentación. Así supo quién era yo, dónde vivo y...

El joven se interrumpió un poco. Luego hizo un gesto con la mano.

—Siga como está. Eunice.

Reptando por la alfombra, se acercó a la ventana y, una vez protegido por la pared, se puso en pie y atisbo lo que había al otro lado de la calle.

—Voy a ver si el tipo continúa en su puesto de tiro —dijo.

Fue a la cocina y volvió con una escoba, sobre la que había colocado un impermeable, colocando el artillero delante de la ventana.

No hubo ya más disparos. Aliviado, Beck dejó a un lado la escoba y el impermeable y corrió las cortinas.

—El peligro ha pasado —anunció, sonriente.

Ella se levantó y contempló el resultado de los impactos.

—Sin duda, ha averiguado dónde vive usted —dijo—. ¿Por qué no lo denuncia a la policía?

—¿Qué saldría ganando con ello? No sabemos quién es, aunque si tengo la razonable seguridad de que intentará atacarme de nuevo. Pero, en su lugar, yo me quedaría quieto, porque buscarme las cosquillas podría ser su perdición.

—No entiendo —dijo la joven, desconcertada.

—No conozco al asesino. Entonces, ¿por qué tiene miedo de que lo delate? Pero si insiste en atacarme, acabaré sabiendo quién es. ¿Comprende? Eunice asintió.

—No me gustaría que le sucediera nada. Alan —dijo a la vez que le tendía la mano—. Debo marcharme —añadió.

Beck emitió una de sus deslumbrantes sonrisas.

—Mañana tendré trabajo y me será imposible. En cuanto me despache, la invitaré a cenar —dijo.

—Aceptaré con gran placer —se despidió ella finalmente.

Al quedarse solo, Beck entreabrió las cortinas ligeramente, para mirar al otro lado. Vivía en un barrio residencial, en una casa de una sola planta, con jardín y, al otro lado de la avenida había un pequeño parque, con frondoso arbolado.

Había árboles de todas clases. El asesino, sin duda,

aprovechando la oscuridad de la noche, había trepado a la copa de uno de ellos, dato que se obtenía fácilmente, observando la trayectoria de los proyectiles por medio de los impactos. De todos modos, no había estado situado en una posición demasiado elevada, calculó.

—Cuatro o cinco metros por encima del suelo —murmuró.

Soltó las cortinas y se dispuso a acostarse. Entonces reparó en algo que, según parecía, había olvidado Eunice.

Mientras él preparaba el café, Eunice había fumado un cigarrillo, encendiéndolo con un fósforo de una tira de propaganda. Examinó la tira; era el anuncio de una agencia fotográfica.

Eunice era modelo, no cabía duda. Pero ¿quién era el dueño de la agencia Boccerò's?

—¿No te parece que resultaría interesante averiguarlo? —se dijo a sí mismo, mientras se ponía el pijama.

* * *

Por la mañana, mientras desayunaba, leyó el periódico. De pronto, topó con una noticia que le chocó notablemente.

Carter Clancy había sido hallado muerto al pie del edificio donde residía. El sujeto había caído desde la ventana de uno de los dos cuartos de baño de que disponía el apartamento.

La policía suponía en un principio que podía tratarse de un suicidio, aunque no lo afirmaba rotundamente, ya que habían encontrado las señales de la devastación causada por un desconocido en su laboratorio, que había montado en aquel baño. El conserje del edificio declaraba no haber visto nada de particular y, aunque Clancy solía recibir visitas con relativa frecuencia, aquella mañana no había ido nadie a verle.

—Tipo listo —murmuró Beck—. Callas mi visita, porque, sin duda, después de mí, fue otro a verle y éste es el que lo lanzó por la ventana.

Volvería a hablar con el conserje, se propuso. Pero antes, se dijo, no estaría de más una visita a la agencia Boccerò's.

Media hora más tarde, empujaba una puerta en la que, además

del rótulo con el nombre de la agencia, había una indicación de que se podía pasar sin llamar. Al pasar al otro lado, vio a una joven sentada tras una mesa, hablando por teléfono.

Más allá se divisaban unas cortinas de espeso terciopelo, detrás de las cuales sonaban voces destempladas en ocasiones. Alguien, supuso, estaba tomando fotografías y se enfadaba porque la modelo no atendía sus indicaciones con el debido interés.

La antesala era bastante amplia y disponía de varias puertas en dos de sus paredes. De pronto, las cortinas se agitaron. Una hermosa joven, vestida solamente con prendas íntimas, salió con paso rápido y se encaminó a una de las puertas.

Parecía muy enfadada, observó Beck. Del otro lado de las cortinas sonó una voz de tonos aflautados, aunque enérgica:

—¡Helga, ponte ahora el combinado negro!

—Vete al infierno —murmuró la modelo entre dientes.

Súbitamente, reparó en el joven y se detuvo ante él, con las manos en las caderas, a la vez que le miraba con ojos críticos.

—¿Viene a contratarse? —preguntó.

—¿Eh? —dijo Beck—. ¿Contratarm...? Bien, yo...

—Tenga cuidado con ese buitro. Le prometerá la luna, pero no conseguirá ni el resplandor de un simple fósforo.

—¡Helga, estás tardando demasiado en vestirme! —Sonó de nuevo la voz aflautada.

La modelo contestó una obscenidad. Beck arqueó las cejas.

—Es el único lenguaje que entiende ese puerco —dijo ella.

De pronto, sonrió.

—Es usted todo un Apolo. ¿De dónde ha salido?

—Señor... —intervino la recepcionista, quien ya había terminado de hablar por teléfono.

Beck dirigió una sonrisa a Helga.

—Discúlpeme, señorita —rogó. Se acercó a la mesa—. Quiero ver a...

—Tendrá que aguardar —atajó la recepcionista rápida mente—. El señor Boccero está trabajando y no se le puede interrumpir.

—Bueno, pero es que yo...

—Si viene por lo del anuncio, espere —dijo la mujer con rotundo acento.

—¿Qué anuncio? —se sorprendió Beck.

Ella le tendió un periódico, en el que, rodeado por un óvalo trazado con lápiz rojo, se veía un anuncio, en el que se solicitaban modelos masculinos, apuestos y no mayores de treinta años. El anuncio prometía buenos ingresos y la posibilidad de un contrato fijo mínimo de dos años.

—Vea si le interesa —dijo la recepcionista.

Beck sonrió.

—Tal vez, pero, supongo, el señor Boccero será quién diga la última palabra, ¿no le parece?

—Claro. Allí tiene una cafetera. Sírvese a su gusto si le parece. Si no quiere café, hay agua. El alcohol, prohibido.

—Gracias, señora.

La cabeza de un hombre asomó en aquel instante entre las cortinas. Beck divisó unos ojos saltones, un minúsculo bigotito rubio y una gran boina de terciopelo color vino.

—¿Es el modelo masculino, señora Trynne? —preguntó el sujeto.

—Eso parece, señor Boccero —contestó la recepcionista.

—Soy Ronnie Boccero. Si tiene la bondad de aguardar unos minutos, le haremos una prueba. Tendrá que interpretar un pequeño papel y le aseguro que resultará difícil.

Beck sonrió. Empezaba a pensar que, si fingía buscar empleo, las cosas le resultarían más fáciles.

—Señor Boccero —dijo de pronto la recepcionista—, ¿conoce la noticia?

—Sí, tendremos que prescindir de los servicios del pobre Carter —respondió el interpelado—. No comprendo qué le impulsó al suicidio.

—Ese tipo no era de fiar, se lo dije desde el primer día. Hacía cosas raras con las cámaras y más de una vez utilizó una cámara de miniatura, para sacar fotografías y conseguir así un provecho personal.

—Pero era un buen elemento en el trabajo —suspiró Boccero—. En fin, paz a su alma... ¿Cómo ha dicho que se llama, amigo? —Se dirigió súbitamente al joven.

—¿Le parece que emplee un seudónimo? —sonrió Beck—. Apolo Morgan, por ejemplo. Boccero parpadeó:

—Apolo Morgan —repitió—. Hombre, no estaría mal... Señora

Trynne, ¿sabe algo de Glenda Mahanee?

—Telefoneó diciendo que se retrasaría un poco, pero que vendría —contestó la recepcionista—. No creo que tarde mucho.

—Esa Glenda... Sería la pareja ideal para este joven...

Helga apareció en aquel momento, espectacularmente ata viada con lencería de color negro. Miró a Beck, le guiñó un ojo y luego, moviendo provocativamente las caderas, desapareció al otro lado de las cortinas.

Beck vio encima de la mesa de la recepcionista una tira de fósforos y se puso un cigarrillo en la boca.

—¿Puedo...? —consultó.

—Claro. Quédese la mujer, quien, de pronto, se puso en pie—. Dispense un momento...

La señora Trynne desapareció tras una de las puertas situada en el lado opuesto. Beck se disponía a encender un cigarrillo cuando, de pronto, reparó en algo que le hizo sentir un súbito interés.

Encima de la mesa había un cajoncito parcialmente abierto, que permitía ver algunas fichas. Beck supuso que se trataba de las fichas que contenían datos de las personas que trabajaban en la agencia. Guardó la tira de fósforos en el bolsillo, se apoderó de un bloc de papel y un lápiz que había también en la mesa y empezó a buscar ciertos datos, lo que consiguió al cabo de unos momentos.

Cuando terminó, la recepcionista no había salido todavía. Beck juzgó que debía de hallarse en el lavabo. Lo mejor era desaparecer discretamente, se dijo.

Sin necesidad de hablar con Boccero, había conseguido mucho más de lo que podía suponer al salir de casa aquella mañana.

CAPÍTULO V

Tuvo que dejar transcurrir el resto del día, para conseguir, al fin, el objetivo que se había propuesto al abandonar la agencia fotográfica. A las nueve y media de la noche, llamaba a la puerta de un apartamento, seguro de encontrar allí a la persona a quien buscaba.

La modelo a la que había visto aquella mañana, abrió la puerta segundos más tarde.

—Hombre, si es Apolo Morgan en persona —exclamó alegremente.

—Sólo es un seudónimo —sonrió Beck—. ¿Lo es también el suyo, señorita Brown?

Helga se echó a reír.

—Es el apellido auténtico. —Alargó la mano—. ¿No quieres entrar? —invitó.

—Si tanto te empeñas... ¿quién se resiste?

Ella cerró la puerta. Ahora vestía una bata cerrada hasta el cuello, de mangas muy amplias y larga hasta el suelo, de tejido muy espeso, que no permitía apreciar el menor detalle de un cuerpo que había podido apreciarlo por la mañana, tenía muchos atractivos.

Helga le indicó un diván.

—Supongo que no me rechazarás un trago —dijo.

—Acepto encantado —contestó Beck.

—Apolo —continuó Helga, mientras preparaba dos vasos—. Boccero se sintió muy decepcionado cuando vio que te habías marchado sin aceptar la prueba que te había ofrecido.

—Tenía prisa —mintió el joven.

—A decir verdad, yo no sé si, en tu sitio, habría rechazado la prueba. Tenías que hacerla con Glenda Mahanee y es una mujer carente de escrúpulos. ¿Sabe en qué iba a consistir esa prueba?

—No tengo la menor idea. ¿Algún anuncio de ropa interior de caballeros, ofrecido por una esposa amante y cariñosa?

Helga alargó un vaso con *whisky*.

—Porno puro —dijo.

Beck respingó.

—¿Has dicho...?

—

Bocceró's

hace de todo. En cuanto a Glenda, admite cualquier clase de trabajo, con tal de que se lo paguen bien.

—No habría aceptado la prueba —aseguró el joven.

Ella le miró fijamente.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que lo que menos te hace falta es un empleo. ¿Me equivoco. Apolo?

Beck se reclinó en el diván.

—Quisiera hacerte unas cuantas preguntas —manifestó—. De antemano te advierto que no soy policía ni nada que se le parezca. Y si no quieres contestarme, no te preocupes, porque no te forzaré a que no digas lo que prefieres callar. ¿Está claro?

Helga se apoderó de un taburete y se sentó frente al joven, con las rodillas muy juntas.

—Dispara, Apolo.

—Conoces, supongo, a Eunice Millman.

—Sí. Trabaja en la agencia, pero ella se ocupa siempre de los papeles digamos discretos, caseros... como el que has mencionado antes... La mamá que cambia los pañales al hijito... La novia que recibe al marinero que vuelve después de una larga ausencia... La esposa que va a tener un hijo muy pronto... En fin, ella da perfectamente ese tipo y tiene bastante éxito, todo hay que decirlo.

—Gracias, Helga. Ahora, dime, ¿quién es Kent Coutts? ¿Lo conoces?

Helga entornó los ojos.

—Un sujeto casi tan guapo como tú, pero perfectamente despreciable. Un vividor, en suma. Tiene una labia portentosa y sería capaz de embaucar a la Venus de Milo, si ésta tuviera brazos con manos que pudieran entregarle billetes de banco.

—Ah, también saca el dinero a las mujeres...

—Si ve que no va a conseguir nada, las deja plantadas muy

pronto. Y también, cuando ya ha conseguido lo que estima pueden darle.

—¿Te ha sacado a ti también alguna suma?

Helga hizo una mueca desdeñosa.

—Mariposeó a mi alrededor una temporada y confieso que estuve a punto de caer en sus redes. Pero cuando un día me dijo que le hiciera un préstamo para pagar una deuda y que ya me lo devolvería muy pronto el dinero, abrí los ojos y lo envié al diablo.

—Le calaste bien, ¿eh? —sonrió Beck.

—Había oído rumores, pero no quise Creerlos, hasta que yo misma pude ver la realidad con mis propios ojos. Oye, ¿por qué diablos te interesa tanto ese bastardo? —¿Dónde podría encontrarlo?— quiso saber Beck, sin hacer caso de la pregunta de su hermosa interlocutora.

—No tengo la menor idea, pero ¿por qué no se lo preguntas a Glenda Mahanee? A veces pienso que está asociada con él...

—Esa Glenda es la que tenía que haber sido mi *partenaire* esta mañana, ¿verdad?

—La misma. Te daré su dirección, pero tú aún no me has dicho...

Beck se puso en pie momentos después.

—Helga, no sé cómo darte las gracias. Te debo dos docenas de rosas —dijo.

Ella se levantó también.

—¿Es que tienes mucha prisa?

Beck la contempló durante unos segundos. En los ojos de Helga había una clara provocación. No tendría que insistir mucho para hacer algo más que hablar.

—Vendré otro día sin tantas prisas —prometió.

—Cuando quieras —repuso ella, resignada.

Al salir de la casa, Beck pensó en visitar inmediatamente a Glenda Mahanee, pero desechó la idea en el acto.

Lo haría al día siguiente, a una hora mucho más temprana.

Tenía que encontrar a Coutts. ¿Por qué diablos había tenido que robar a Eunice todo, incluso las ropas y el automóvil?

—¿Es que no tenía bastante con los cinco mil dólares? —Gruñó disgustadamente.

De pronto, cuando ya llegaba a su casa, concibió una idea.

Dejó el coche en el garaje, encendió las luces y luego, discretamente, salió por la puerta trasera. Buscando a continuación las zonas más oscuras, llegó al parque y trató de situarse en el lugar adecuado.

De pronto, tropezó con algo blando y cayó de bruces.

Alguien protestó airadamente.

Una mujer lanzó un chillido.

—Maldito mirón —dijo el hombre.

Beck se puso en pie rápidamente.

—Si no usan de ciertas precauciones sanitarias, dentro de nueve meses serán padres —dijo, mordaz.

Ella lanzó una exclamación:

—Oye, Benny, pues es cierto...

Sonriendo para sí, Beck continuó su camino. Momentos más tarde, se detenía al pie de un frondoso roble.

Las ramas más bajas estaban a unos tres metros del suelo. Alargó las manos, saltó hacia arriba y se izó a pulso con toda facilidad.

Ascendió un par de metros más. Buscó una horquilla relativamente cómoda y se dispuso a esperar.

Desde allí y a través de un hueco en los ramajes, podía ver claramente las ventanas iluminadas de su casa. Tenía ganas de descansar, pero prefirió esperar un rato, a fin de conseguir el objetivo que se había trazado.

Transcurrió una hora. Beck empezaba ya a dar cabezadas, cuando, de pronto, notó un ruidito bajo sus pies.

Las ramas se agitaron. Alguien jadeó al hacer un esfuerzo.

Los ojos de Beck estaban habituados a la oscuridad. No tardó en distinguir la silueta de un hombre que trepaba al árbol, con un fusil colgado del hombro.

El sujeto llegó a la horquilla y se acomodó en ella. Descolgó el rifle, movió el cerrojo, puso una bala en la recámara y luego se dispuso a aguardar.

Repentinamente, unos pies le golpearon en los hombros con tremenda potencia. El sujeto, sorprendido, lanzó un grito.

Manoteó desesperadamente, tratando de buscar un asidero, pero

había reaccionado demasiado tarde y cayó de bruces al suelo, por fortuna, cubierto de una espesa capa de hierba.

Beck se descolgó instantáneamente y, acercándose al caído, lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo hizo ponerse en pie, sacudiéndolo hasta que oyó castañetear sus dientes.

—Te pesqué, amiguito —dijo—. Anoche intentaste liquidarme, pero fallaste, afortunadamente. Parece que hoy querías reparar tu error, ¿verdad?

El hombre le miró con ojos llenos de pánico.

—No, no... Está equivocado... Yo no quería matarle...

—Bueno, hombre, pero ¿quién se va a tragar esa mentira? De modo que me disparas tres tiros y todavía tienes el cinismo de decir que no querías matarme... ¿Acaso cargaste el fusil con trozos de pastel de manzana?

—Espere... Se lo contaré todo... Si me deja hablar...

—Es, precisamente, lo que quiero que hagas. Vamos, suéltalo todo.

—Le juro que no quería matarle... Sólo pretendía... darle un susto...

El sujeto señaló con un pie el fusil que yacía sobre la hierba.

—Tiene mira telescópica. Hay menos de cien metros. Yo le veía perfectamente. ¿Cree que, si hubiera querido matarle, estaría usted vivo a estas horas? —añadió.

Beck se sintió desconcertado.

El hombre parecía sincero. ¿Por qué, entonces...?

Se lo preguntó en alta voz.

—Me contrató un individuo al que no conocía. Dijo que me pagaría quinientos dólares por..., por sesión... —respondió el hombre.

—¿Por sesión?

—Sí. Tengo que asustarle, es todo lo que sé.

—Entonces, tú no asesinaste a Kranz.

—¿Yo? ¡Dios me libre! Soy un hombre pacífico, pero...

—Todavía no me has dicho cómo te llamas —exclamó Beck, de repente.

—Maltby, Artie Maltby, señor Beck.

—Ah, me conoces —dijo el joven.

—Usted es el dueño de esa casa, ¿verdad?

—Claro. Como diría Sherlock Holmes, «elemental, querido Watson». Bueno, ¿por qué no continuas tu declaración?

—Verá... Soy aficionado a la caza, pero jamás me había metido en estos líos. El hombre que me contrató me prometió quinientos dólares por sesión y, además, la devolución de una fotografía... Yo estoy en esa fotografía con Kranz... Pero nunca había tenido tratos con él, hasta entonces...

—Claro. El era pescador y a ti te gusta la caza. Sigue, Artie.

—Bueno, eso es todo ya. No sé qué más decirle, señor Beck.

—Sí lo sabes, Artie.

—No sé más, se lo juro.

—¿Vas a decirme que ignoras el nombre del tipo que te contrató?

—Así es, aunque a usted le parezca mentira. Nunca le había visto y no he vuelto a verle otra vez, pero él sí supo encontrarme y me esperó a la salida del trabajo y entonces fue cuando me mostró la fotografía... Tuve miedo; no quería que mi mujer se enterase...

—¿No te dijo cómo se llamaba?

—No, se lo juro.

—Al menos, le verías la cara.

—¿Qué se puede ver del rostro de una persona, cuando lleva unas gafas de color que más parecen un antifaz? —contestó Maltby.

Beck meditó unos instantes.

—A ver, cuenta, ¿qué viste de él? ¿Algún detalle que permita identificarlo? ¿Cómo vestía? ¿Llevaba algo raro en su indumentaria?

Pues... era fuerte, más o menos como usted, pero algo más bajo... El pelo muy áspero, como un cepillo para caballos... Sí, ya caigo; llevaba un alfiler de corbata muy estrafalario, con tres herraduras de rubíes...

—¿Nada más, Artie?

Maltby no pudo contestar. Algo brilló de repente en las inmediaciones.

Beck divisó una sombra oscura a corta distancia. El instinto le hizo tirarse al suelo, en el mismo instante en que sonaban varios disparos, muy rápidos.

Maltby lanzó un grito horrible, agitó un poco los brazos y se vino de bruces al suelo. Por un instante, Beck pensó en utilizar el

rifle, pero desistió de la idea en el acto.

A los pocos segundos, oyó el rugido del motor de un automóvil que arrancaba a toda velocidad. El asesino escapaba, pensó disgustadamente.

Lentamente se puso en pie. La patrulla no tardaría en acudir. Ninguno de los vecinos se atrevía a asomarse a las ventanas, pero alguno, sin duda, llamaría a la policía.

Todavía tenía tiempo. Discreta, sigilosamente, abandonó el lugar y regresó a su casa.

CAPÍTULO VI

Eunice se sorprendió enormemente al verle aparecer por su casa a la mañana siguiente. —Lo que menos esperaba era verle aquí— declaró la joven, quien, advirtió Beck en el acto, parecía dispuesta a salir a la calle.

—Creo que he llegado a tiempo —sonrió él—. No la entretendré mucho, porque ya veo que va a salir muy pronto.

—Sí, tengo una sesión de trabajo en el estudio...

—

Boccerò's,
claro.

Eunice alzó las cejas.

—Yo no lo he mencionado en absoluto —manifestó.

—Se dejó olvidada una tira de fósforos en mi casa —explicó Beck—. Ayer estuve allí.

Ella se puso ligeramente colorada.

—Tengo un contrato con un buen sueldo —declaró—. Seguramente, habrá oído cosas atroces de Boccerò.

—Es un profesional —contestó él intencionadamente—. Tiene que hacer todo lo que le pide el público, aunque ya sé que usted tiene asignados unos determinados papeles...

¿Cómo no la habré visto antes en los anuncios de la televisión?

—Sin duda, es poco aficionado a la publicidad —sonrió Eunice.

—Eso debe ser —convino Beck—. Bueno, he venido a pedirle algo... si lo tiene todavía en casa.

—¿Qué es, Alan?

—Las fotografías que recobré en el laboratorio de Clancy.

Eunice se mordió los labios.

—Yo no estoy en ninguna de ellas...

—Lo sé, pero hay una que tiene particular interés para mí. Déjemela ver de nuevo; se la devolveré inmediatamente.

—Está bien. Aguarde un momento, por favor.

Ella se adentró en el apartamento y volvió a poco con un sobre de grandes dimensiones en las manos.

—Todavía no las he entregado —dijo.

Beck la miró penetrantemente.

—No se atreve a enviarlas por correo —adivinó—. Prefiere que sea ella quien venga a recogerlas en persona, ¿verdad?

—Sí —admitió la joven con un hilo de voz.

—¿Familiar? ¿Amistad?

—¿Le importaría mucho que no aclarase esa cuestión?

Beck hizo un gesto de indiferencia.

—Usted no está y eso me importa mucho —contestó—. Pero quiero confirmar una cosa...

Extrajo la fotografía comprometedora y sacó del bolsillo de su chaqueta dos recortes de periódico, con sendas fotografías, que comparó en silencio con la primera. Al terminar, trazó sendos círculos en torno a dos rostros masculinos.

—Kranz el primero y Maltby el segundo —dijo.

—¿Quién es Maltby? —preguntó Eunice, muy intrigada.

—Disparó contra mí hace dos días, ¿lo recuerda? Anoche intentó repetir la operación, pero pude sorprenderle. Cuando estábamos hablando, alguien le metió cuatro balas en el cuerpo.

Los ojos de Eunice se dilataron enormemente.

—He oído la noticia esta mañana..., pero no sospeché que el muerto pudiera ser el tipo que aparece en la fotografía...

—Uno de los tipos —dijo él—. Usted no los conocía, según parece.

—No conocía a ninguno. Sólo conozco a una de las mujeres —respondió Eunice, visiblemente alterada.

—Lamento haberla molestado. No quiero seguir robándole más su tiempo —se disculpó Beck, a la vez que devolvía el sobre a la muchacha.

Caminó hacia la puerta, pero antes de salir, se volvió hacia ella.

—¿Ha tenido noticias de Coutts?

Eunice negó en silencio.

—Es posible que yo consiga muy pronto noticias de ese

repulsivo individuo —se despidió Beck.

* * *

La casa era grande, elegante, lujosa, rodeada por un enorme jardín, en uno de cuyos sectores se veía una piscina. Beck llamó a la puerta de artísticas rejas de hierro forjado y aguardó unos momentos.

Una doncella uniformada abrió a poco.

—¿Señor...?

—El jardinero me permitió pasar, cuando le dije que ve nía a visitar a la señora Kranz —dijo el joven—. ¿Tiene la bondad de avisarla? Me llamo Alan Beck.

La doncella le miró de pies a cabeza.

—Madre mía, qué tipazo... —murmuró al alejarse hacia el interior de la residencia.

A los pocos momentos, regresó, con la sonrisa en los labios.

—La señora Kranz accede a recibirle, señor Beck —dijo. Y. en voz baja, añadió—: ¿Cuándo me recibe usted a mí? Mi día libre es, precisamente, hoy...

Beck la miró con fingido desdén. Sacó una agenda, simuló consultarla, y luego alzó la vista.

—¿Cómo se llama usted?

—Maggie, señor.

—Está bien. Tiene el número ochocientos cincuenta y siete en mi lista.

La doncella, estupefacta, abrió la boca. Beck sonrió, mientras hacía un ademán con el brazo.

—¿Es por aquí?

Maggie reaccionó y echó a andar. Segundos después, señalaba una puerta. Beck movió ligeramente la cabeza, tocó con los nudillos y abrió.

Una mujer se puso en pie al verle. Tenía unos cuarenta años y era bastante guapa, aunque había huellas de dolor en su rostro.

—Señora...

—Señor Beck, ¿en qué puedo servirle? Si se trata de contratar pólizas de seguro o venderme algo, le digo de antemano que pierde el tiempo —manifestó Helen Kranz.

El joven hizo una inclinación de cabeza.

—Señora, puede tener la seguridad de que no voy a venderle nada. Simplemente, deseo conocer algunos datos sobre su esposo, por cuyo fallecimiento en circunstancias nada agradables, y permítame disculparme por no haberlo hecho antes, le expreso mi más profundo sentimiento.

Helen pareció sentirse más aliviada y extendió una mano.

—En tal caso, siéntese —invitó.

Beck aguardó a que ella tomase asiento. Adoptando una postura correcta, empezó a hablar:

—Lo que voy a decirle es posible no sea de su agrado, pero estimo que las personas deben conocer la verdad, tanto buena como mala. Por pura casualidad, yo me hallaba en la sierra el día en que murió su esposo y, créame, estuve a punto de morir también, ya que el asesino me vio y trató de eliminar a un testigo.

—¿Es posible? —se asombró la señora Kranz.

El joven sacó una tarjeta de visita.

—Si quiere, puede pedir informes míos —dijo.

—Bien, pero, no entiendo qué pretende usted...

—Señora Kranz, he visto una fotografía en la que aparece su esposo, con otros hombres y varias mujeres, todos ellos desnudos y en actitudes muy... comprometedoras...

—Ah, es eso —exclamó Helen de pronto.

El turno del asombro llegó ahora para el joven.

—¿Cómo? ¿Lo sabía usted?

Helen hizo un gesto afirmativo.

—Me lo contó mi esposo —respondió—. Yo confiaba absolutamente en él. Sabía que era incapaz de mentirme. Esa fotografía fue tomada durante una reunión de negocios... las mujeres eran, supuestamente, secretarias de los otros asistentes... Mi esposo me dijo que tenía la seguridad de haber ingerido una droga que le llevó a realizar actos de los que jamás se habría sentido capaz de hacer en estado normal.

La fotografía, pensó Beck, había sido tomada a la perfección. Sería cosa de examinarla nuevamente.

—Bien, y entonces, ¿qué ocurrió?

—Alguien llamó por teléfono, pidiendo una elevada suma...

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil dólares. Mi marido dijo que no pagaría un céntimo y que hicieran lo que quisieran con la fotografía. El chantajista pensó que mi esposo trataría de evitar a toda costa la publicación de aquella infame escena, pero no contó con que el negocio no se vería afectado por ello. Además, aunque hubiera sufrido algún perjuicio, tampoco habría pagado. Mi esposo dijo que jamás cedería ante las presiones de un vividor, cualesquiera que fuesen las condiciones. La voz de Helen se quebró unos instantes. Beck divisó botellas y copas sobre una consola, y se levantó para poner un poco de coñac en una copa, que entregó de inmediato a la afligida mujer.

—Gracias —dijo ella, respirando profundamente—. ¿Cómo iba a imaginarse mi marido que esa negativa podía acarrearle la muerte?

—Indudablemente, nadie hubiera sospechado una cosa semejante —convino el joven—. Pensó que el chantajista se retiraría, chasqueado, pero no fue así y se vengó de la negativa, asesinándolo vilmente en la sierra.

—Era muy aficionado a pescar. Prácticamente, su único vicio, aunque lo dejaba si tenía que salir conmigo, lo que sucede es que aquel fin de semana yo me sentía indispuesta y no tenía ganas de viajar. Tenemos una cabaña no muy lejos del lugar del crimen y, a veces, hasta le acompañaba al arroyo. Tal vez yo también hubiera muerto de haber estado allí.

—Afortunadamente, no sucedió. —Beck se puso en pie, tomó la mano de la mujer y se inclinó para besarla galantemente—. Le agradezco con toda sinceridad lo que me ha dicho, señora. Y, créame, acabaré por encontrar a ese miserable.

—Así lo deseo yo, pero ¿qué interés tiene usted en este asunto?

—Aquel día, yo también estuve a punto de morir. Es más, el asesino me conoce y está tratando de eliminarme —respondió el joven.

* * *

Llamó a la puerta, se reclinó en la jamba y aguardó algunos instantes. Alguien abrió casi un minuto más tarde, cuando ya creía haber hecho el viaje en balde.

Una mujer de unos treinta años, muy rubia, pechugona, de

rostro hermoso, pero duro, espesamente cubierto de maquillaje, le miró con ojos inquisidores.

—¿Qué quiere? —preguntó, desabrida.

—Ayer estuve en

Boccerò's.

Me llamo Apolo Morgan.

Beck empleó el seudónimo que se había inventado la víspera, seguro de que la recepcionista lo habría mencionado a la llegada de la mujer que ahora tenía frente a sí. Y, efectivamente, Glenda Mahanee mostró inequívocos gestos de sor presa al oír aquel nombre.

—Oí hablar de usted, pero cuando llegué, se había marchado ya —dijo—. La verdad, al menos por el nombre, responde a su apariencia.

—Posiblemente, también por los hechos —sonrió Beck maliciosamente—. ¿Puedo pasar para hablar con usted unos minutos?

Glenda se echó a un lado.

—Se trata de algo interesante, supongo —dijo.

—En cierto modo —contestó Beck con ambigüedad—. Por cierto, creo que teníamos que realizar cierto número ante las cámaras, pero me temo que no hubiera salido bien sin un ensayo previo.

—Oye, no irás a proponerme que ensayemos ahora —exclamó ella, con los ojos entornados—. Así, en frío...

—Claro que no, mujer. Era sólo un decir. Otro día, haremos... el numerito, eso sí, bien ensayado.

Glenda le dirigió una curiosa mirada.

—La verdad es que me gustaría saber si los hechos responden a la fachada y al hombre —dijo.

Beck empezó a temer que Glenda se prestase a «ensayar» allí mismo ciertas acciones que gustaban a determinada clase de personas. «Sólo me faltaría ser actor de cine porno y con esta rubia, además», pensó.

—Bueno, es que hay cosas que sólo se pueden hacer cuando uno está en condiciones...

—¿Ahora no? —dijo ella ávidamente.

—Es demasiado temprano y, además, suelo tomar ciertos

estimulantes que no llevo encima en estos momentos. Volveré otro rato y te prometo un ensayo que garantizará luego una acción perfecta. Mientras tanto, ¿quieres decirme una cosa?

—Pregunta —accedió Glenda con meloso acento.

—Verás, es que tengo un asunto común con un tipo... Creo que tú lo conoces muy bien. Se llama Kent Coutts. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Qué clase de asunto, Apolo?

Beck hizo un vago ademán.

—Oh, cosas de... fotografías. El sabe quién tiene unas mías, que tomaron sin mi consentimiento, y me gustaría recuperarlas. Diablos, no me gusta que nadie gane el dinero a cuenta mía, sin que yo saque también mi tajada, ¿comprendes?

Glenda pareció reflexionar unos momentos antes de volver a hablar.

—Dices que Kent sabe quién tiene esas fotografías tuyas.

—Eso tengo entendido. Me gustaría confirmarlo, claro... si me ayudas tú.

—Kent ha tenido estos días problemas con unos tipos a los que debía cierta suma. Le engañaron y no quiso pagarles, pero los otros no piensan así y quieren cobrar la deuda como sea. Oye, ¿no serás tú...?

Beck alzó la mano con solemnidad.

—¿Han venido los otros a preguntarte por Kent? —replicó—. Ya lo habrían hecho, me imagino.

—Tienes razón —convino Glenda—. Kent está en un apartamento de la calle Rotherhyle, el 11 E, del número tres mil doscientos veintinueve. Allí se ha inscrito con el nombre de Kelly Carmel.

Beck sonrió y, acercándose a la rubia, la besó en una mejilla.

—Un día, tú y yo haremos la mejor película que se ha visto en este mundo —aseguró. Al salir del apartamento, sacó un pañuelo y se frotó los labios con fuerza.

—¿Es crema de belleza o manteca de cerdo lo que se ha puesto en la cara? —masculló disgustadamente.

Luego empezó a pensar en la forma mejor de hablar con Coutts. De súbito, se le ocurrió una idea.

—Si robó a Eunice, ¿por qué no ir los dos juntos?

CAPÍTULO VII

Eunice no estaba en su casa y Beck prefirió aguardar hasta que regresara. Permaneció en las inmediaciones, hasta que se hizo de noche y entonces, un tanto decepcionado, volvió a la suya.

Minutos más tarde, advirtió que le seguía un coche. Realizó varias maniobras y el conductor las imitó puntualmente.

—¿El asesino del domingo? —murmuró.

Se preguntó cómo podría despistarlo. Al cabo de unos momentos, creyó haber hallado la solución.

Un cuarto de hora más tarde, pasaba por delante de su casa. Entonces, recibió una enorme sorpresa.

Eunice estaba junto a la acera y le hizo señas para que se detuviese. Beck sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡No puedo ahora! Aguarda aquí hasta que regrese... No tardaré mucho.

Ella quedó desconcertada en el mismo sitio. De pronto. Beck aceleró al máximo y dobló la esquina próxima casi sobre dos ruedas.

A los treinta metros, empezó a frenar, a la vez que apagaba todas las luces. Casi antes de que se detuviera el coche, saltaba fuera, corría unos cuantos pasos y se lanzaba de cabeza al otro lado de un espeso seto, que delimitaba uno de los laterales de su propio jardín.

El coche perseguidor se hizo visible a los pocos segundos. El conductor, atónito, refrenó su marcha, bajándose momentos después para examinar el automóvil del joven.

Beck se irguió en parte, atisbando a través de los ramajes. El sujeto parecía desconcertado.

Bruscamente, se puso en pie. Tenía una gruesa piedra en la

mano y estaba dispuesto a utilizarla, al menor signo hostil del otro.

—¿Me busca, amigo?

La sorpresa del sujeto fue completa. Beck se preparó para repeler lo que estimaba inevitable agresión, pero, sorprendentemente, el sujeto dio media vuelta y escapó a todo correr hacia su coche. Lo había dejado con el motor en marcha y, a los pocos segundos, había desaparecido de la vista del joven.

Perplejo, Beck se rascó la cabeza.

—Pues, Señor, no lo entiendo... ¿Qué diablos quería ese tipo? Si era el asesino, ¿por qué no me pegó un tiro?

Al cabo de unos segundos, recordó que Eunice estaba aguardándole. Como ya se hallaba en el interior de su propiedad, caminó a través del jardín, hasta alcanzar a la muchacha.

Ella no se había dado cuenta de su presencia todavía. Beck sonrió.

—Estoy aquí —dijo.

Eunice lanzó un grito de miedo y se volvió en el acto, con una mano en el pecho.

—Alan, me has asustado...

—Lo siento, no era ésa mi intención. He estado aguardando todo el día a que volvieras a tu casa y al fin me cansé y me vine a la mía.

—A mí me pasó casi lo mismo. Llevo una hora aguardándote en plena calle y más de uno me ha preguntado por mis... «honorarios»

—dijo la joven con evidente buen humor.

—Tú no tienes precio —dijo Beck jovialmente—. ¿Quieres entrar en casa?

—Sí, vine precisamente a verte porque tengo que contarte algo interesante.

—Muy bien. ¿Te parece que preparemos un poco de cena fría?

—La verdad es que ya empezaba a pensar en buscar un restaurante —declaró Eunice sonriendo.

—Si no sientes temor por tu línea, en casa podrás comer todo lo que te apetezca.

Beck abrió la puerta y dejó que ella entrase primero. Inmediatamente, se dirigieron a la cocina y él empezó a sacar provisiones del frigorífico.

—Empieza a hablar, Eunice —dijo.

—Es algo extraño —declaró la joven—. Sabes que yo tenía cinco

mil dólares en la sierra y que eran para pagar unas fotografías. Lo hice por una buena amiga, que no quería cierta clase de publicidad, ¿comprendes?

—Siempre pensé que actuabas para otra persona —dijo él—. ¿Qué ha pasado? —He hablado con ella al entregarle las fotografías. Se mostró muy displicente. Me dijo que ya no sentía el menor interés por el tema y que, si quería darlas a la publicidad y sacar algún dinero por ellas, podía hacerlo. De veras, te digo que me quedé petrificada...

Beck empezó a disponer los platos sobre la mesa.

—Hay amistades que matan —dijo sardónicamente—. ¿De quién eran los cinco mil dólares, Eunice?

—Míos, naturalmente.

—Ah, ella no puso un solo centavo...

—No. En esos momentos andaba un poco escasa de fondos, pero me prometió que me pagaría muy pronto.

—Y ahora, de repente, va y dice que las fotografías le importan un rábano y... ¿qué ha dicho del dinero?

—Se encogió de hombros.

—¡Vaya frescura! —se indignó el joven.

—No me fiaré más de personas como esa desvergonzada —manifestó Eunice, no menos furiosa—. Me roban cinco mil dólares, la ropa y el coche, y ahora sale ella con que no le importan nada esas fotografías.

—Desde luego, para refrigerador no tendría precio —comentó Beck cáusticamente—. Una pregunta, Eunice.

—¿Sí, Alan?

—¿Guardas las fotografías?

—Claro, están en casa...

—Consérvalas. Tal vez un día nos sirvan a nosotros.

Ella arqueó las cejas.

—¿Piensas pedir dinero...?

—No, mujer —rechazó él la idea—. Pero, recuerda, Kranz estaba en esa fotografía, y Coutts también. No haremos publicidad, te lo prometo, pero pueden resultarnos útiles, insisto.

—De acuerdo, las conservaré.

—Estupendo. Anda, siéntate a quitar las telarañas de tu estómago.

Eunice sonrió.

—Alan, eres un chico encantador. ¿Cómo es que todavía no te has casado?

—¿Y tú? —replicó Beck.

La joven se echó a reír.

—Será mejor que no toquemos ciertos asuntos muy privados —dijo—. A propósito, cuando llegabas a casa, hiciste unas cosas muy raras...

—Me seguían. Pensé que podía ser el asesino y quise sorprenderlo. Lo conseguí, en efecto, pero él me sorprendió a mí, desapareciendo de la escena como si tuviera el poder mágico de convertirse en humo.

—¿Eso hizo Coutts? —se asombró la muchacha.

—Ah, ¿era él? —exclamó Beck, no menos atónito.

—Sí, pude reconocerle, a pesar de que le vi sólo un instante...

Beck dejó el tenedor sobre el plato y apoyó los codos sobre la mesa.

—Me pregunto por qué diablos me seguía —murmuró.

—Si pudiéramos encontrarlo, se lo preguntaríamos, ¿no te parece?

—¡Claro! —dijo él—. Podemos preguntárselo hoy mismo, si quieres.

—Pero no sabemos dónde...

Beck le guiñó un ojo.

—Yo sí lo sé —declaró—. A mí no me lo hubieran dicho, probablemente, pero sí a Apolo Morgan.

Ella puso cara de extrañeza.

—¿Quién es Apolo Morgan? —quiso saber.

—Cuando fui a

Boccerò's,

me preguntaron el nombre. No me pareció prudente dar el mío verdadero y me inventé ese seudónimo.

Eunice le contempló con admiración.

—Fue una buena idea —admitió—. Y, ¿cuándo vamos a ver a ese ladrón y estafador?

—¿Qué te parece si consideramos la entrevista como el postre de la cena? —sugirió Beck alegremente.

El silencio a las insistentes llamadas del timbre preocupó a los dos.

—No estará en casa —dijo Eunice, decepcionada.

Beck se pellizcó el labio inferior.

—Eso no significa que nos esté vedada la entrada —murmuró al cabo de unos instantes.

Sacó una tarjeta de crédito, la insertó en la ranura que había entre la puerta y la jamba e hizo presión hacia adelante. Al franquear la entrada, se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Lo vi una vez en la película —explicó.

—Parece que sabes hacer muchas cosas —dijo ella—. Pero todavía ignoro a qué te dedicas. Alan.

—Soy buscador de oro —contestó él.

—Buscad... Esa profesión ya no existe —respingó Eunice.

—Lo que no hay es oro, que es muy distinto. Pero no nos preocupemos ahora de mi oficio. Vamos a ver qué tiene en su casa este granuja, que aquí se hace llamar Kelly Carmel.

—¿También usa seudónimo?

—También, encanto.

El apartamento tenía una apariencia más bien modesta. Beck calculó que se trataba de un lugar donde más de uno acudía para vivir una temporada sin tener que dar explicaciones a nadie y, lógicamente, haciendo una vida retraída. Coutts se había ido a vivir allí temporalmente, por unos motivos que no alcanzaba a comprender y que, estimó, eran más poderosos que el robo de cinco mil dólares, unas ropas de mujer y un automóvil.

Inició el registro y revolvió a fondo todos los cajones de una cómoda. Luego revisó el dormitorio y todas las alacenas de la cocina. De pronto, oyó la voz de la joven.

—Alan, no puedo abrir...

Beck retrocedió sobre sus pasos. Eunice estaba en una habitación pequeña, en la que había un viejo escritorio de persiana.

—Está cerrado con llave —dijo ella.

—No te preocupes.

Beck sacó su navaja de múltiples usos y desplegó el destornillador, con el que hizo palanca en la cerradura de la

persiana. A los pocos momentos, oyó un ligero chasquido.

Alzó la persiana. Allí no había nada de importancia, por lo que se dedicó a descerrajar los cajones. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Mira, Eunice!

Ella contempló asombrada los fajos de billetes que había en el cajón recién abierto. Beck silbó.

—Hay más de veinte mil dólares... pero solamente tomaremos los cinco mil que te robó. ¿Has visto si tu ropa está en el apartamento?

—No, no hay una sola prenda —respondió Eunice—. Seguramente, la tiró por el camino o tal vez esté en el maletero del coche.

—Muy bien, entonces... Eh, ¿qué es esto? —exclamó Beck de repente.

En uno de los cajones había varias fotografías idénticas a las que Eunice debía entregar a su amiga. Beck se mordió los labios, preguntándose para qué podía querer Coutts tantas fotografías.

—¿Estaría «liado» con Maltby? —murmuró.

De pronto, se oyó el ruido de la cerradura. Eunice se aterró.

—Viene él. Alan —dijo.

Beck reaccionó rápidamente. Cerró los cajones y bajó la persiana del escritorio. —Vamos a escondernos. La sorpresa será mayor si aparecemos más tarde— dijo.

Agarró la mano de la joven y tiró de ella. Segundos después, se encerraban en el armario ropero, de las dimensiones suficientes para contenerlos a ambos sin grandes agobios. No obstante, Beck dejó una rendija en la puerta, para poder respirar cómodamente.

Transcurrieron algunos minutos. Oyeron ruidos y luego el silbido de una vieja melodía. Coutts parecía moverse por la casa, ajeno a que tenía unos huéspedes inesperados.

Beck empezó a pensar que ya era hora de dar la cara. De repente, sonó la voz del sujeto:

—Sé que están escondidos ahí. Salgan con las manos en alto o empezaré a tiros.

Las uñas de Eunice se clavaron en el dorso de la mano de Beck. Antes de que el joven pudiera tomar una decisión, se oyó una voz distinta en la entrada del dormitorio.

—¡Eh, tú, Kent, vuélvete!

Inmediatamente, sonó un agudísimo chillido de pánico:

—¡No, no...!

La voz de Coutts fue apagada por el estampido de dos disparos muy seguidos. Terriblemente asustada, Eunice se abrazó al joven, mientras oían a continuación el sordo estruendo del choque de un cuerpo contra el suelo.

Transcurrieron unos segundos angustiosos. Beck percibió claramente el olor de la pólvora quemada. Luego oyó ciertos ruidos en la habitación donde estaba el escritorio.

Minutos más tarde, sonó el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse sucesivamente. Entonces, Beck se arriesgó a asomar la cabeza.

Coutts yacía en el suelo, encogido sobre sí mismo, encima de un charco de sangre. Atónito, Beck reparó en que no había ninguna pistola cerca de sus manos.

—O se la llevó el asesino o, lo que parece más que probable, se tiró un farol —dijo.

Eunice se agarró a su brazo.

—Alan, ¿qué hacemos ahora? —preguntó, aprensiva.

—Largarnos de aquí, naturalmente —respondió él.

CAPÍTULO VIII

—He pasado una noche infernal. He tenido que llamar al estudio, para decirles que no podía ir, porque me sentía indispuesta. Y es cierto —dijo Eunice a la mañana siguiente.

Beck tenía ante sí un periódico en el que se relataba la muerte de Coutts.

—¿Por qué no te tomas unos días de vacaciones? —sugirió de repente.

—No puedo. Tenemos entre manos una campaña importante y ya vamos algo retrasados. Todo lo que puedo hacer es quedarme en casa todo el día.

—Está bien. No salgas. Ciérrate bien y no recibas visitas. Si me es posible, iré a verte a la tarde.

—Gracias. Alan.

—Relájate. Procura no pensar en lo que sucedió ayer.

—Será un poco difícil, pero lo intentaré.

Beck torció el gesto después de colgar el teléfono. También él tenía trabajo atrasado. Se preguntó qué extraño impulso le llevaba a realizar acciones que no había hecho en su vida.

Después del asesinato de Kranz, ¿no habría sido mejor olvidar todo y dedicarse de lleno a su profesión?

Claro que le habían atacado, disparándole desde el parque y aunque Maltby había asegurado que sólo se trataba de amedrentarlo, no estaba tan seguro de que no hubieran querido eliminarle. Lo cual le hacía volver al caso, aunque hubiera deseado olvidarlo.

Inspiró profundamente y decidió que, puesto que se había trazado una línea de conducta, debía seguirla hasta el final.

Era preciso averiguar el enigma de la fotografía en que

aparecían Coutts y Kranz, con otros hombres y en compañía de media docena de mujeres, todos en posturas que no decían nada en favor de su moral.

Una de las mujeres era Glenda Mahanee. La víspera se había echado al bolsillo una de las fotografías que Coutts guardaba en su escritorio. ¿Por qué no hablar de nuevo con Glenda?

Tomada la decisión, lo mejor era ponerla en práctica inmediatamente. Antes de un cuarto de hora, llamaba a la puerta del apartamento donde vivía aquella exuberante rubia.

Glenda exploró primero a través de la mirilla de la puerta antes de abrir. Al reconocer a su visitante, soltó los cerrojos y tiró de la puerta hacia sí.

—Bien venido, Apolo —dijo sonriendo.

—Pensé que estarías todavía durmiendo —manifestó él.

—Acabo de levantarme. ¿Quieres una taza de café?

—Encantado.

Glenda echó a andar hacia la cocina. Vestía un peinador muy liviano, debajo del cual se entreveía un camisón corto. Las zapatillas, con grandes borlas rojas de adorno, eran de tacón muy alto. Encendió la cafetera eléctrica y luego se volvió hacia el joven.

—¿Y bien?

—Conoces la noticia, supongo —dijo Beck.

—No. ¿De qué se trata?

—Coutts está muerto. Lo asesinaron ayer.

Glenda perdió la sonrisa en el acto, pero no tardó en recobrarse.

—Tenía que acabar así —dijo.

—¿Por qué?

—Andaba en malos pasos. Nunca dijo claramente qué hacía, pero yo podía darme cuenta de que no era nada honesto. En esta clase de negocios, alguien se cansa un día y empieza a tiros con quienes le aprietan demasiado las clavijas. Tú me comprendes, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Tienes alguna idea de quién pudo hacerlo?

Ella se encogió de hombros.

—No, y no me interesa tampoco. Tengo un buen empleo.

No es muy decente que digamos, aunque los hay peores y, sobre todo, no tengo que buscar clientes por las esquinas. Mi reputación, en este aspecto, es excelente. Muchas veces me llaman amigos que

pagan bien mi compañía. Gente de buena posición, pero yo siempre soy muy discreta. Es lo mejor que se puede hacer, si se quiere ganar dinero.

Beck sacó la fotografía y se la mostró a Glenda, sosteniéndola con ambas manos delante de sus ojos.

—Aquí parece clara la ausencia de discreción —dijo.

La rubia hizo un gesto de desagrado.

—Fue una fiesta entre amigos. Nunca pensé que hubiese un maldito hijo de perra que se aprovechase de la situación, para sacar una fotografía.

—¿Sólo una?

—Es suficiente, ¿no? Espera, el café ya está...

Glenda llenó las tazas. Beck se sentó frente a ella y la miró fijamente.

—Tres de los hombres que figuran en la fotografía han muerto ya. Yo he hablado con la viuda de Kranz y ella asegura que su marido le dijo haber sido drogado. ¿Qué opinas tú?

Ella meditó unos instantes. Había puesto los codos sobre la mesa y tenía la cabeza entre las manos.

—Kranz no me «tocó» en suerte y no sé qué pudo ocurrirle. Desde luego, yo le conocía, pero sólo superficialmente, y me extrañó muchísimo verle en aquella fiesta.

—Alguien la organizó, supongo.

—No lo sé. Nos llamaron a unas cuantas chicas, nos prometieron una buena paga, cosa que resultó cierta después, nos dieron una dirección y eso es todo.

—Diríase que Coutts actuó de «gancho», ¿no crees?

—Es lo más probable —admitió Glenda.

—¿Sabes dónde se celebró la fiesta?

—Claro. Hammershill Road, seis mil doscientos ochenta y siete. La casa es propiedad de Harriman Honey. El fue el anfitrión.

—¿Está en la fotografía?

Glenda se la quitó de las manos al joven.

—¿Tienes un lápiz?

Beck se lo entregó. Ella escribió algo al lado de cada uno de los hombres retratados. Luego se la devolvió al visitante.

—Ahí tienes los nombres de los demás. Honney, el anfitrión, es hombre de mucho dinero. Aquel día, como es lógico, había dado

permiso a la servidumbre.

—Gracias. Glenda, alguien mató a Kranz. Luego quiso matarme a mí. Maltby y Coutts han sido asesinados también. ¿Por qué? ¿Qué es lo que hay en el fondo de todo este asunto?

Ella hizo un gesto gráfico, frotándose el índice y el pulgar. —Dinero— respondió—. No les des más vueltas...

—¿No crees que alguien pudo provocar la fiesta para, subrepticamente, conseguir la fotografía y extorsionar después a los hombres y si a cuento viene, también a las mujeres?

—En cuanto a mí, me importa un rábano que publiquen la fotografía o que la enseñen por televisión a la hora de mayor audiencia. Dirás que tengo la cara como el cemento, pero es mi oficio y no me importa en absoluto lo que alguien pueda hacer con esa maldita fotografía. En cuanto a los hombres... bien, todos ellos son gente con «pasta».

—Coutts no lo era —contradijo Beck.

—Si actuó como «gancho», y yo creo que sí, el dinero le llegaría más tarde —sonrió Glenda—. Pero esta clase de trabajos, si no se hacen con absoluta discreción, suelen tener un final muy desastroso.

Beck volvió a contemplar la fotografía.

—Hizo de «gancho», pero, seguramente, porque había conseguido ganarse la confianza de... ¿de quién, Glenda?

Ella señaló un rostro masculino.

—Yo diría que de éste —respondió.

—Don Nobbin —identificó Beck.

—Sí. Es muy amigo de Honney y, aunque tiene una casa muy lujosa, reside en un ático donde no existe el espacio que hay en la casa de Honney.

—Comprendo. Coutts convenció a Nobbin, éste a Honney...

—Y a las chicas nos contrataron.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Beck miró sonriendo a la rubia.

—Tengo que darte las gracias, Glenda. Me has proporcionado informes de mucho valor.

Y se puso en pie, pero ella puso cara de sorpresa.

—Eh, ¿te marchas ya?

—Sí. Tengo trabajo...

Glenda sonrió maliciosamente y, abriéndose la bata, enseñó el

seno izquierdo.

—¿No puedes perder un poco de tiempo? —dijo, incitante. Beck sonrió también.

—¿Crees que sería tiempo perdido? —contestó.

* * *

Beck esperó a que Don Nobbin saliera de su despacho, situado en el centro comercial de la ciudad, y le siguió discretamente hasta su residencia, en un alto edificio de veintidós pisos, cuyo sólo aspecto indicaba bien claramente el elevado nivel de vida de sus ocupantes. Poco más tarde, entraba en el vestíbulo y llamaba la atención del conserje.

—Voy a ver al señor Nobbin —manifestó.

El conserje le miró recelosamente. Beck se había vestido correctamente y llevaba en las manos una cartera de negocios, a fin de aumentar la impresión de respetabilidad. Incluso se había puesto los lentes que, en ocasiones, utilizaba para leer, cuando el impreso lo estaba en un tipo muy pequeño.

—Permítame, señor —dijo el conserje—. Tengo ciertas instrucciones del señor Nobbin... ¿Quiere dejarme ver su portafolios?

Beck se sorprendió de la petición, pero no hizo el menor comentario. Colocó la cartera sobre el mostrador, la abrió y permitió que el conserje la examinara a fondo.

Sólo había papeles que había puesto antes, ninguno de los cuales era importante.

—Está bien, señor —sonrió el conserje momentos después—. Puede subir al ático.

—Parece que el señor Nobbin teme algo —observó Beck.

—Le han amenazado de muerte, es todo lo que sé, señor.

—Muchas gracias.

Beck tomó nota mental de las precauciones adoptadas por Nobbin. ¿A qué o a quién temía el sujeto?

El ascensor le llevó al último piso. Cuando llegó, ya se abría la puerta del ático. El conserje, sin duda, había avisado al ocupante.

Nobbin le miró con recelo. Era un sujeto próximo a la cincuentena, medio calvo, con lentes de montura de oro. Vestía una

aparatosa bata de seda, color rojo vino, con muchos dibujos en negro y oro, y sostenía en la mano izquierda una larga boquilla con un humeante cigarrillo.

—Me han dicho que quiere verme —manifestó secamente.

—Alan Beck, señor Nobbin —se presentó el joven.

Nobbin hizo un ademán. Luego metió la mano en el bolsillo derecho de la bata.

—Tengo un revólver —advirtió, lacónicamente.

—Nunca uso armas —respondió Beck, no menos escueto.

—Así es mejor. —Nobbin cerró la puerta—. ¿Qué quiere de mí?

—Información.

Impasible, Beck abrió el portafolios, sacó la fotografía y se la enseñó a Nobbin, sosteniéndola con ambas manos frente a sus ojos.

Nobbin se estremeció. Luego dirigió al joven una dura mirada.

—De modo que es usted —dijo.

—¿Cómo?

Repentinamente, Nobbin sacó el revólver y encañonó a Beck.

—Voy a matarle —anunció—. Luego alegaré defensa propia.

—Estoy desarmado.

—Tengo otra pistola en casa. La pondré en su mano y diré que quiso robarme. Ah, nadie conoce la existencia de esa otra pistola.

—Está equivocado. Las pistolas no existen. Sólo existen los seres vivos: animales, plantas... y personas.

Nobbin se desconcertó.

—¿Qué diablos...? Bueno, eso no tiene importancia.

—Entonces, diga que nadie sabe que tiene otra pistola —sonrió Beck—. ¿De veras va a matarme? ¿Cree que con ello conseguirá evitar que le sigan sacando más dinero? Yo no soy el chantajista y jamás se me ocurriría pedir dinero a alguien por procedimientos tan poco honestos. Sólo quiero, lo he dicho antes, información.

Beck tiró la fotografía encima de una mesa.

—Puede quedársela —añadió, desdeñoso.

Hubo un momento de silencio. Al fin, Nobbin se decidió por guardar el revólver.

—Está bien. Le concedo el beneficio de la duda, pero ¿qué es lo que quiere saber?

—Usted organizó la fiesta, ¿verdad?

—Fue una idea disparatada. Alguien me «lavó» el cerebro...

—¿Coutts?

—Sí —admitió Nobbin con un gruñido.

—Pero no se podía celebrar aquí. El ático es grande, aun que no lo suficiente para que siete parejas pudieran moverse a sus anchas, ¿verdad?

—Harriman Honney aceptó mi proposición. El también tenía ganas de..., de un poco de diversión. Lo mismo que los otros, claro. Todos dijimos que teníamos que salir fuera por asuntos de negocios, pero, en realidad, nos reunimos en casa de Honney.

—Coutts debía de ser muy persuasivo. Tal vez le presentó fotografías de chicas guapas y cariñosas.

Nobbin hizo un gesto afirmativo.

—Picamos como tontos. ¿Cómo diablos podíamos suponer que alguien tomaría una fotografía en uno de los momentos más críticos? Por supuesto, examinamos todos bien y nos registramos unos a otros, para comprobar que ninguno había traído consigo una cámara fotográfica, pero el caso es que alguien tomó esa maldita fotografía y nos está chupando la sangre miserablemente.

—¿Cuánto paga por el silencio del chantajista, señor Nobbin?

—Dos mil quinientos semanales o diez mil al mes.

—No está mal. Cuatro víctimas, a diez mil por barba, cuarenta mil mensuales, casi medio millón al año.

—Pagaría diez veces más si pudiera poner mis manos en el pescuezo de ese miserable —exclamó Nobbin rabiosamente.

CAPÍTULO IX

—Y ésa es la situación —dijo Beck aquella misma noche, sentado en el diván y con los pies en un escabel—. Son cuatro los personajes que pagan a un miserable chantajista, y no dejarán de hacerlo, porque tienen presente lo que le sucedió a Kranz, que se negó a pagar.

—Cuarenta mil dólares mensuales —murmuró Eunice pensativamente—. Una bonita renta, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Todos ellos son personajes de relieve. Se desacreditarían por completo si se publicasen esas fotografías.

—Pero las tengo yo y también los negativos...

—Coutts tenía más copias. Quizá otro ha conseguido aunque sólo sea una copia, pero, con ésta, se pueden conseguir centenares. La ausencia de negativos hoy día, ya no es problema.

—Cierto —admitió la joven—. Pero ¿quién...?

—El problema estriba en saber quién es el amigo de Coutts. Éste, desde luego, no tomó la fotografía. Estaba allí como «gancho», como una especie de invitado de honor y, naturalmente, aunque sabía que iban a fotografiarles, se portó con toda mesura, dentro de lo que cabe, claro. Le convenía impresionar muy favorablemente a los otros, a los que estaban disfrutando de la fiesta merced a sus buenos oficios.

Eunice hizo un gesto de desagrado.

—El oficio de tercera es repugnante —calificó.

—Algunos opinan todo lo contrario, sobre todo, cuando consiguen buenos beneficios económicos. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —accedió ella.

—Fuiste a la sierra con Coutts...

—Me propuso la excursión. Llevamos comida y bebida. Íbamos a pasar el día allí.

Dijo que eran unos parajes encantadores y, desde luego, tenía razón.

—¿Por qué lo hizo, Eunice?

La joven bajó la cabeza.

—Bueno, él trataba de conquistarme... Pero pronto se convenció de que perdía el tiempo.

—Y entonces fue cuando, despedido, te dejó solo con lo puesto... la piel nada más —sonrió Beck.

—Tú lo viste, ¿verdad? Pero lo que no comprendo es por qué se llevó los cinco mil dólares...

—Se me ocurre una idea. Coutts organizó la fiesta, en connivencia con alguien, pero luego debió darse cuenta de que iba a recibir menos de lo esperado. El chantajista, por supuesto, espera recibir cuarenta mil dólares. Yo creo que no quiere repartir ese botín con otras personas. Les ha pagado su trabajo y considera ya cortada su relación con ellos..., con Clancy, Coutts...

De repente, Beck se puso rígido. Eunice le miró extrañada.

—¿Qué te pasa. Alan?

—¡Clancy! ¡Ojos de Sapo! —exclamó el joven—. El, él fue quien tomó la fotografía... No pudo ser otro, Eunice. Recuerda: Honney había despedido a la servidumbre y alguien le franqueó el paso hasta la casa... —Sí, pero Clancy está muerto— alegó ella.

Hubo unos instantes de silencio. Luego, Beck abrió el portafolios, extrajo la fotografía y la contempló unos minutos.

—Yo diría que está tomada desde el exterior de la casa —habló al fin nuevamente—. Las ventanas estarían cerradas... lo estaban, porque, allí, al fondo, se ve una, pero oculta por las cortinas... Sin embargo, alguien abrió disimuladamente una de las ventanas y Clancy aprovechó la ocasión...

—¿Quién abrió la ventana, Alan? —preguntó la muchacha.

Beck hizo un gesto circular con la mano sobre la fotografía.

—Hay catorce personas. Una de ellas abrió esa ventana —aseguró.

—Las «víctimas», no, imagino. Tal vez Coutts...

—Es posible, aunque también pienso que pudo ser otra persona. Lo que menos convenía a Coutts era hacerse sospechoso. ¿Quién? —

murmuró Beck, profundamente intrigado.

Bruscamente, se volvió hacia la joven.

—Eunice, señala a tu amiga, la que te pidió primero los cinco mil dólares y luego dijo que ya no le importaba nada relacionado con esta fotografía.

Beck tendió un rotulador a la joven. Ella trazó un círculo en torno a una cabeza femenina y luego escribió un nombre y una dirección al lado.

—Gracias. Iré a verla mañana mismo —prometió él.

—¿Por qué. Alan?

—El comportamiento de tu amiga se me antoja muy sospechoso. Quiero hablar con ella personalmente y ver de qué cojea, ¿comprendes?

—Esa mujer ha dejado de ser mi amiga —dijo Eunice—. Una decisión muy acertada —aprobó el joven.

* * *

Al regresar a su casa, se dispuso a guardar el coche en el garaje. La puerta se abría mediante una célula fotoeléctrica, pero cuando se disponía a accionarla, vio una fina raya de luz bajo el borde inferior de la puerta.

Inmediatamente, apagó las luces del coche. Había alguien en el garaje, aguardando su llegada. Beck se preguntó si el intruso le habría preparado una trampa.

Lo mejor era sorprenderlo, se dijo. El sujeto no parecía haberse dado cuenta de su llegada. Sin hacer ruido, se apeó del coche y caminó en busca de la puerta trasera.

Entraría por detrás. El garaje tenía comunicación directa con la casa. Si usaba la puerta principal, el intruso lo notaría y escaparía antes de tiempo.

Caminó pegado a la pared lateral del garaje. Repentinamente, cuando le faltaban unos cuantos pasos para alcanzar la esquina, se produjo una espantosa explosión.

La pared trasera del garaje voló en mil fragmentos. Los escombros se esparcieron a gran distancia. Parte del muro lateral se resquebrajó estruendosamente. Una gran nube de humo y polvo brotó del desventrado cobertizo.

Aturdido, con los oídos doloridos a causa de la explosión, Beck sacudió la cabeza, mientras trataba de recobrase. Volvió sobre sus pasos y pudo comprobar que la puerta delantera había saltado en astillas, a causa de la onda expansiva.

El centro de la deflagración se había producido muy cerca de la pared trasera. Alguien, dedujo, le había puesto una bomba, pero había estallado antes de tiempo, lo que le había permitido salvar la vida.

Muy pronto se oyeron sirenas. Beck decidió que debía quedarse para declarar a los policías, aunque procuraría retener para sí ciertas informaciones. Podía excusarse en los trabajos que estaba realizando, pensó.

Un coche de patrulla se detuvo momentos después. Beck salió al encuentro de los policías.

—Han tratado de asesinarme —dijo.

Uno de los policías llamó a la central. El otro se acercó al garaje para investigar. Las luces del garaje, lógicamente, se habían apagado, y el hombre entró allí, provisto de su linterna.

A los pocos momentos, volvió a salir y miró al joven.

—Está destrozado —dijo—. Va a ser muy difícil identificarle.

Beck dio un respingo.

—¿Qué está diciendo, agente?

El policía señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Si quiere entrar a verlo, hágalo, pero no se lo aconsejo. No es un espectáculo muy agradable, señor.

Beck tenía la boca abierta. El policía añadió:

—Los expertos en explosivos vendrán pronto. Ellos averiguarán qué ha pasado. «Voy a tener que mirar hasta debajo de la alfombra cuando vaya a acostarme, si quiero seguir vivo», pensó el joven.

* * *

Eunice le llamó a la mañana siguiente. Beck estaba ya conversando con un constructor, para que reparasen el garaje a la mayor brevedad posible y la asistenta que iba todas las mañanas le enseñó el teléfono desde una de las ventanas de la casa.

Era Eunice.

—He oído la noticia y estoy terriblemente impresionada —dijo

la joven—. ¿Qué sucedió, exactamente, Alan?

—Alguien quiso ponerme una trampa explosiva. Le estalló en las narices, literalmente hablando —contestó él.

—Pero ¿quién? ¿Por qué?

Beck suspiró.

—Si aquel domingo no hubiera estado yo en la sierra, ahora no tendría preocupaciones de ninguna clase —contestó.

—Sí, claro, es lógico.

—Pero tampoco te habría conocido a ti y eso vale más que todos los problemas que tengo ahora —añadió Beck.

—Gracias, Alan —dijo ella, enternecida.

—Hablo sinceramente. Oye, ¿crees que será buena hora para visitar a tu amiga?

—¿Por qué no llamas antes a Boccero's?

Quizá tenga hoy sesión y no la encuentres ya en su casa.

—Muy bien, así lo haré, descuida.

—Aguarda un momento, Alan. ¿Cómo iban a ponerte la trampa explosiva?

—Bueno, parece ser que era el modelo clásico. Un cable muy fino, tendido de lado a lado. El coche, al entrar, habría roto el cable, situado a dos tercios de la puerta. Un muelle, un percutor, un fulminante... y cuatro cartuchos de dinamita.

—Y el asesino murió...

—No se sabrá nunca exactamente lo que ocurrió. Los expertos en explosivos creen que el tipo montó la trampa, pero que luego, tal vez, tropezó y él mismo accionó el mecanismo de ignición. O tal vez éste era excesivamente sensible. Es todo lo que puedo decirte, Eunice.

—Ten cuidado, Alan, te lo suplico —dijo ella.

—Desde luego. Oye, ¿trabajas hoy?

—Sí, ya no puedo posponer más la sesión...

—Entonces, ¿por qué no averiguas tú misma si tu amiga irá a trabajar? Cuando lo sepas, me llamas a casa, ¿eh? Es que yo ahora estoy ocupado con el constructor que va a reparar mi garaje... Por fortuna, mi laboratorio sigue intacto.

—¿Tu laboratorio? —se extrañó Eunice—. ¿Es que eres aficionado a la fotografía?

—¿Qué es, Alan?

—¿No te sientes capaz de adivinarlo?

Y antes de que ella pudiera contestarle, Beck colgó el teléfono y regresó al jardín, en donde continuó la conversación con el constructor.

El hombre se sentía pesimista.

—Temo que vamos a tener que demoler todo, para edificarlo de nueva planta, señor Beck —dijo.

—Adelante —aceptó Beck con un gesto de su mano—. Pero hágalo pronto, se lo ruego.

—Cuarenta y ocho horas —aseguró el constructor.

Eunice le llamó una hora más tarde.

—Mi amiga no ha venido a trabajar. No ha dado explicaciones y otra ha tomado su puesto en el estudio —informó.

—Está bien. Yo ya me he quedado libre y voy a verla inmediatamente —manifestó el joven.

—¿Me llamarás en cuanto hayas hablado con ella?

—¿Por qué no nos reunimos a la hora del almuerzo? —propuso Beck.

—Estupendo. Hasta luego, Alan.

—Hasta luego, encanto —se despidió él.

CAPÍTULO X

Era curioso, se dijo Beck, mientras apretaba el botón de llamada de la puerta del apartamento donde vivía la amiga de Eunice. Primero le había pedido cinco mil dólares para pagar a un chantajista y luego decía que ya no importaba lo que se hiciese con aquella fotografía. ¿Por qué?, se preguntó, desconcertado.

Volvió a llamar. Gilda Kearr no daba señales de vida. ¿Acaso había huido de Scrantone, temiendo por su existencia?

Probó el pomo y lo hizo girar. La puerta no estaba cerrada con llave.

Asomó la cabeza.

—¡Señorita Kearr! —llamó.

Nadie le contestó. Beck empezó a sentirse preocupado.

Arriesgándose a los posibles reproches de la ocupante del apartamento, atravesó el umbral y contempló el interior durante unos instantes.

Todo parecía en orden. ¿Había huido Gilda Kearr?, volvió a preguntarse.

Continuó andando. De pronto, al asomarse al dormitorio, vio algo que le heló la sangre en las venas.

Había una mujer semidesnuda sobre la cama, profundamente dormida, al parecer. ¿O estaba muerta?

Encima de una mesilla de noche divisó un frasco destapado, vacío. Se acercó a la cama y puso una mano sobre la mejilla de aquella mujer, joven y hermosa. Había aún calor en la epidermis. Gilda tenía los ojos cerrados y respiraba muy lentamente. El rostro aparecía blanco, totalmente descolorido.

Era preciso hacer algo, se dijo. Corrió al teléfono y pidió una ambulancia.

—¡Dense prisa, por favor! ¡Una mujer ha ingerido todo un frasco de sedantes! —gritó.

Cuando colgaba el teléfono, vio entrar a un hombre en el apartamento.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó el recién llegado con acento nada amistoso.

—Y usted, ¿quién es?

—Me llamo Dell Mewnin. La dama que vive aquí, es mi prometida...

—Ha ingerido sedantes y está muy mal. Acabo de llamar a una ambulancia.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Mewnin, a la vez que echaba a correr hacia el dormitorio—. ¡Gilda, Gilda! —clamó desesperadamente.

Beck se asomó a la puerta. Mewnin tenía entre sus manos una de las de Gilda y la llamaba frenéticamente, sin que ella diera muestras de recobrar el conocimiento.

«Quizá no llegue viva al hospital», pensó el joven, muy deprimido.

Mewnin se volvió un instante.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué vino a verla? —preguntó.

—Se lo explicaré todo más tarde. Ahora, lo que conviene es salvar la vida de su prometida. Ah, por cierto... Me llamo Alan Beck...

—No sé qué ha podido sucederle —dijo Mewnin—. Ayer mismo hablábamos de casarnos cuanto antes...

En la calle se oyó el creciente sonido de una sirena. No tardó en oírse otra.

Momentos después, irrumpieron en la estancia un médico y dos sanitarios.

El médico auscultó rápidamente a la joven y luego hizo una seña a los sanitarios.

—Creo que podremos salvarla —dijo.

Dos policías llegaron también y tomaron declaración a Beck y Mewnin. Luego, se marcharon.

—Voy al hospital —anunció Mewnin.

—Le llevaré en mi coche —dijo el joven—. Usted no se encuentra en condiciones de conducir.

Mewnin asintió. Momentos después, rodaban en dirección al

hospital.

—No comprendo por qué ha podido hacer una cosa semejante —manifestó Mewnin, quien parecía completamente tras tomado—. Anoche era la mujer más feliz del mundo... Trazamos planes para el futuro y ella parecía tan satisfecha de la vida...

—Dell, creo mi obligación hacerle saber algo poco agradable —dijo Beck gravemente—. En primer lugar, ¿está enterado de la clase de trabajo que realizaba Gilda?

—Sí, desde luego, pero lo iba a dejar... Yo no quería que continuase trabajando en la agencia... Boccero es un tipo repugnante, además de un negrero...

—¿Estaba ella conforme?

—Por supuesto. Dijo que hoy se lo anunciaría. No tenía un contrato fijo. Sólo actuaba en sesiones, cobrando un tanto por cada una... ¿Era eso todo lo que tenía que decirme, señor Beck?

—No, hay algo más todavía y, con franqueza, no tiene nada de agradable. Hace algún tiempo, Gilda asistió a una fiesta...

—Lo sé —dijo Mewnin sorprendentemente—. Ella me lo contó todo. Incluso me dijo que habían querido sacarle dinero para evitar que se publicase la fotografía. Yo le aconsejé que no pagase un centavo y así lo hizo, efectivamente.

—Eso es nuevo para mí —murmuró el joven—. Pero ella no tenía dinero y pidió prestado...

—A mí, no, desde luego. Dijo que se lo iba a dar una amiga suya, pero cuando la aconsejé que no cediese al chantajista, renunció al préstamo.

—Sin embargo, no dio explicaciones acerca de esa renuncia...

—Queríamos mantener la boda en secreto, hasta el último momento —declaró Mewnin—. Oiga, a mí no me importa lo que haya podido hacer antes Gilda. Yo sé que es una mujer de todas prendas y que la vida, en ocasiones, nos obliga a realizar cosas nada agradables. Tengo un buen empleo y puedo mantenerla con toda dignidad.

—Magnífico. Le felicito, señor Mewnin, y ojalá se salve Gilda y sean los dos muy felices —deseó el joven.

—Pero, no comprendo, no comprendo... —exclamó el otro, cerrando los puños—. Gilda no tenía motivos para suicidarse... ¿Por qué, por qué ha cometido esa estupidez?

Era realmente incomprensible, se dijo Beck. Sí la vida de Gilda Kearn iba a cambiar de modo tan radical y para mejor, por supuesto, ¿qué motivos la habían impulsado al suicidio?

Sería cosa de hablar con ella, cuando se recobrara... si salvaba la vida, pensó.

Poco después, dejaba a Mewnin en el hospital. A continuación, buscó una cabina telefónica. Iba a llamar a Eunice, cuando, de pronto, recordó que habían acordado reunirse a la hora del almuerzo.

* * *

Eunice se mostró abrumada al conocer la noticia.

—No me lo puedo creer —dijo.

—Pues así es —contestó él—. Yo llegué cuando Gilda estaba ya a punto de morir. He llamado al hospital hace unos minutos y me han dicho que continúa todavía en estado crítico. ¿Sabías que estaba prometida?

—¡No! —se asombró la muchacha—. ¿Quién te lo ha dicho?

—El hombre que va a casarse con ella... si sobrevive.

—Me siento atónita. Gilda no me habló jamás de un pretendiente...

—¿Le has hablado tú de mí?

—Tú no eres mi pretendiente.

—Pero sí tu amigo.

—Bueno, eso es distinto...

—Según se mire —sonrió el joven—. Pero estábamos hablando de Gilda y de su novio. Este conoce todo el lío de la fotografía y la disculpa plenamente y, según me ha dicho, no le importa en absoluto. Por eso la aconsejó que no pagase.

—Así se comprende que rechazase mi préstamo, pero no me dio explicaciones...

—Querían mantener el compromiso en secreto, ya te lo he dicho.

—Entonces, ¿por qué quería suicidarse?

Beck se encogió de hombros.

—Lo sabremos cuando recupere el sentido —dijo.

Eunice hizo un ademán.

—Alan, voy a ir al hospital —manifestó.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿No tienes algo que hacer? —preguntó ella.

—Me gustaría conocer la residencia de Honney —dijo Beck pensativamente.

—Bien, entonces, ¿qué te parece si nos reunimos a la hora de la cena?

—¿Dónde?

Eunice jugueteó un poco con su tenedor.

—Puedo preparar un menú a base de fiambres...

—Está bien. Me reuniré contigo a las siete y media.

Momentos después, salían del restaurante.

—Te dejaré en hospital —dijo Beck.

—Aguarda un momento —pidió ella.

A poca distancia, había un puesto de venta de periódicos y revistas. Eunice se acercó allí, sacó dinero de su bolso y compró una revista, que hojeó rápidamente.

—¡Qué raro! —murmuró al volver junto a Beck.

—¿Qué encuentras de raro? —preguntó el joven.

—Mi anuncio... Hace ya tres números que no sale... Y en éste tampoco, no sé por qué...

—¿Un anuncio de los que tú presentas? Bueno, como se diga eso; yo no entiendo mucho de publicidad.

—En realidad, era una serie de anuncios, pero siempre referidos al mismo producto: pañales infantiles. No lo entiendo, francamente.

Eunice enrolló la revista.

—Mañana le preguntaré a Boccero —añadió—. ¿Vamos, Alan?

Eunice se acercó al mostrador de información del hospital. En aquel instante, un médico hablaba con la operadora de la central telefónica.

—Señorita, avise a la policía inmediatamente. La paciente del 302 no tomó los sedantes voluntariamente. Alguien le propinó un fuerte golpe en el cráneo y le hizo perder el conocimiento.

—Sí, doctor, ahora mismo —contestó la operadora.

Eunice sintió que se le encogía el corazón.

—Doctor, ¿es cierto eso que acaba de decir? Soy íntima amiga de esa joven...

Supongo que se refiere a Gilda Kearn...

El galeno se volvió hacia ella.

—En efecto, así es —confirmó.

—Pero... si estaba sin conocimiento, no pudo ingerir las píldoras...

—Bien, sospecho que el asesino las disolvió en agua y luego se las hizo tragar a cucharadas, simplemente, cerrándole la nariz para que no respirase. Un procedimiento algo complicado, pero efectivo, señorita.

—Gracias, doctor. ¿Puedo verla, aunque sólo sea un momento?

El médico asintió.

—Un minuto —concedió—. Salúdela simplemente, pero no la obligue a hablar. Ella sólo debe saber que usted ha estado a visitarla. ¿Entendido?

—Gracias, doctor.

Eunice echó a correr hacia el ascensor. Había oído el número de la habitación de Gilda y sabía adónde debía dirigirse. Momentos después, salía al corredor del tercer piso.

Buscó la habitación 302. Una enfermera venía en sentido contrario y le preguntó a quién deseaba ver. En aquel momento, se abrió la puerta de la habitación ocupada por Gilda Kearr y salió un hombre vestido con bata blanca. Saludó a las dos mujeres con una inclinación de cabeza y se alejó hacia el ascensor.

—Tengo permiso del médico que atiende a la señorita Kearr para verla un minuto —manifestó Eunice—. Sólo quiero que me vea y que sepa que he estado a verla. No la molestaré, se lo aseguro.

—Está bien, pase —accedió la enfermera—. La verdad es que le ha faltado muy poco para morir. —Meneó la cabeza—. La vida es mala, pero no tanto como para dejarla voluntariamente —añadió.

Eunice sonrió.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo.

La enfermera abrió la puerta. Juntas entraron en la habitación. Gilda parecía dormir apaciblemente.

—No la despierte —aconsejó la enfermera, a la vez que se acercaba a la cabecera del lecho para revisar los instrumentos de control.

Eunice dio un paso hacia adelante. Gilda tenía los ojos cerrados. De repente, Eunice se alarmó.

—Oiga, yo diría que no respira...

La enfermera, alarmada, se volvió. Gilda tenía las sábanas subidas hasta la barbilla y las manos ocultas bajo los ropajes de la cama. La enfermera bajó el embozo y, en el mismo instante, vio algo que la hizo lanzar un grito de terror.

—¡Oh, Señor...!

Eunice, con los ojos fuera de las órbitas, vio el puntito rojo que había en el centro del camisón hospitalario con que habían vestido a Gilda, a la altura del pecho.

Sintió que se mareaba. Casi sin ver, buscó una silla, porque las piernas no la sostenían. La enfermera se precipitó sobre el teléfono y empezó a llamar, pidiendo ayuda.

Sentada, con los ojos cerrados, para evitar que la habitación diese vueltas a su alrededor, Eunice comprendió por qué no respiraba su amiga.

El médico llegó instante después. Con un bisturí, rasgó el camisón y se inclinó hacia el pecho desnudo de Gilda. No tardó mucho en emitir un diagnóstico.

—Una aguja muy fina, larga —dijo—. Llegó al corazón y la mató en el acto.

CAPÍTULO XI

Beck llegó a la puerta de la residencia de Harriman Honney y contempló el vasto jardín, rodeado por una tapia, mitad de mampostería, mitad de verja de hierro, rematada en agudos pinchos a la altura de cuatro metros y prácticamente insalvable para los ladrones. Habría, además, supuso, alarmas muy bien disimuladas y capaces de detectar la intrusión de un ratoncillo no perteneciente a la «nómina» de la casa, se dijo divertidamente.

La residencia casi quedaba oculta por los frondosos árboles que había alrededor. Al cabo de unos segundos, se decidió a tocar el timbre.

Alguien, a través de un altavoz oculto en una de las dos gruesas columnas de mampostería que eran las jambas de la verja de entrada, le preguntó qué deseaba.

—Hablar con el señor Honney —manifestó el joven.

Transcurrieron unos segundos. Luego, la verja se abrió por sí sola.

—Vaya a la parte posterior —aconsejó el que, sin duda, era un sirviente de la casa.

Beck obedeció la indicación. Al llegar al punto indicado, vio una enorme piscina y a una hermosa mujer, en una tumbona, tomando el sol.

—Soy Evelyn Honney —se presentó ella.

Beck hizo una ligera inclinación.

—Le ruego me disculpe, señora —dijo—. Yo deseaba hablar con su esposo.

—No está en casa y no va a volver más por aquí. He pedido el divorcio.

El joven se quedó con la boca abierta.

—Nunca pude imaginarme...

—¿Ha venido usted a pedirle dinero? Si es así, pierde el tiempo —dijo Evelyn fríamente.

—Le aseguro que no entiendo nada, señora...

Ella se levantó y caminó hacia una mesita bien surtida de bebidas. Era muy rubia y, aunque ya no cumpliría los cuarenta, conservaba una espléndida figura.

—¿Viene usted por el asunto de cierta fotografía de la orgía que se celebró en esta casa? —preguntó Evelyn.

—¿Cómo lo sabe usted, señora?

Evelyn se volvió de pronto.

—Míreme bien, entrometido individuo —exclamó—. ¿Tengo mucho que envidiar a las prostitutas que mi marido y sus degenerados amigos trajeron a esta casa en determinada ocasión y aprovechando mi ausencia?

Beck carraspeó.

—Pues... señora, si yo hubiera sido su esposo, le aseguro que no habría mirado a otra mujer. Ni tampoco la habría dejado viajar sola, siquiera fuese hasta la esquina más próxima.

Evelyn, halagada, sonrió y tendió un vaso al joven.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere, en realidad?

El traje de baño, de dos piezas, tenía muy poca tela. Beck se dijo que la señora Honney sabía cuidar muy bien de su cuerpo. «Debe de ser de la clase de mujeres que, en ocasiones, son infieles a su esposo, pero que no toleran acciones recíprocas», especuló.

—Me llamo Alan Beck, señora —dijo al cabo de unos instantes—. Yo estaba presente en el lugar del crimen, el día que Mortimer Kranz fue asesinado en la sierra. El asesino quiso matarme a mí también, pero, por fortuna, no lo consiguió. Ha intentado matarme en sucesivas ocasiones y tengo un notable interés en descubrirlo, como puede comprender fácilmente.

—¿Tiene usted alguna relación con aquélla orgía?

—En absoluto, señora. Sí le puedo decir que, al menos Kranz, fue drogado para, más tarde, ser objeto de un chantaje al que se negó. Por eso le asesinaron, para dar un escarmiento a los demás y forzarles a pagar.

—Enviaron una copia de la fotografía a mi esposo. Fue un poco descuidado y yo la encontré. Por eso he pedido el divorcio.

—Y... ¿no ha pagado nada al chantajista?

Evelyn se encogió de hombros.

—Que pague él, si quiere... o si puede. —Se irguió, orgullosa—. El dinero es mío. Harriman no era sino un parásito que vivía a mi costa. Lo menos que podía hacer era mantener su fidelidad hacia mí, ¿no le parece?

Beck tenía la fotografía en el bolsillo y la sacó.

—No conocía a su esposo —dijo—. ¿Tiene la bondad de mostrármelo, señora?

Evelyn le indicó uno de los participantes en la fiesta. Luego, Beck alzó los ojos.

—Un tipo muy apuesto —calificó.

—Y más joven que yo —declaró Evelyn sin inmutarse—. No mucho, sólo cinco años, pero era un perfecto inútil, un parásito, como ya he dicho. Sólo sabía hacer bien una cosa.

—¿Qué, señora?

Evelyn sonrió burlonamente.

—No me gusta discutir ciertos detalles íntimos con los ajenos —respondió.

—Oh, comprendo... Le ruego me dispense...

—Yo tengo también una copia de esa fotografía. Me servirá para no darle un centavo a ese miserable cuando se celebre el juicio por divorcio, ya que he sido yo la que ha planteado la demanda. Ahora podrá ir a vender sus encantos por las esquinas —añadió ella sarcásticamente.

Beck se hizo con rapidez su composición de lugar. Evelyn, una mujer rica, incluso caprichosa, un hombre apuesto pero pobre... Estaría harto de sentirse un «protegido» legal, bien vestido, bien alimentado, pero sin un céntimo en el bolsillo... Ella debía de ser muy absorbente, pensó.

—Ha hecho usted lo que debía hacer, señora —dijo halagadoramente—. Su amor propio fue herido de forma indebida y tomó la decisión lógica en estos casos.

—Gracias —contestó Evelyn—. ¿Qué más puedo hacer por usted, señor Beck?

—¿Le importaría mostrarme la habitación donde se tomó la fotografía?

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Si observa bien esa fotografía, verá que todas las cortinas estaban corridas. Pero la cámara estaba fuera y alguien describió en parte o entreabrió una de las ventanas, para que un cómplice del chantajista pudiera captar la escena.

—Creo que comprendo. ¿Quiere acompañarme, por favor?

—Sí, muchas gracias.

Evelyn echó a andar, cimbreándose aparatosamente sobre sus altos zapatos con suela de madera. Describió una gran vidriera, atravesó una sala y se detuvo luego ante una vasta estancia, agradablemente decorada.

Una de las mitades de la enorme sala estaba amueblada de un modo muy particular: sólo una espesa alfombra y una enorme cantidad de cojines y almohadones de diversos colores.

—Harriman y yo solíamos retirarnos aquí... para ver la televisión —explicó Evelyn.

Pero no había ningún televisor en la estancia. Beck se imaginó fácilmente a qué clase de distracciones se dedicaban el señor y la señora Honney.

—No sabe cuánto le agradezco su amabilidad, señora —dijo, pasados unos instantes—. Pero me hubiese interesado muchísimo hablar con su marido... perdón, su ex marido ya, prácticamente.

—Lo siento. Le eché de casa, sólo con sus ropas y objetos personales. He tenido el buen gusto, y perdone la inmodestia, de no despojarle de ciertos regalos de algún valor que le hice en tiempos. Pero toda comunicación con él la haré en lo sucesivo por medio de mi abogado —contestó la mujer.

—Una actitud altamente elogiable —calificó Beck. Evelyn, despechada, debía de ser un enemigo terrible, pensó—. Lamento haberla molestado, señora —añadió, indicando así su intención de retirarse.

De pronto, se le había ocurrido una hipótesis, pero no tenía medio de confirmarla.

Si pudiera encontrar a Honney...

—¿A qué se dedica usted, señor Beck? —preguntó Evelyn de repente.

—Soy... analista de minerales.

Ella puso cara de sorpresa.

—Vaya una profesión —murmuró. Le miró de arriba abajo—.

Con ese rostro, esa figura... ¿No se le ha ocurrido nunca ser actor de cine?

—Ni en sueños, señora —rió él.

—¿Soltero o casado?

—Soltero.

Evelyn volvió a mirarle provocativamente. Beck empezó a sentirse incómodo. Ella era una mujer que podía permitirse muchas cosas, pero que no las permitiría a otros... a su pareja, concretamente.

—Dispense, tengo que marcharme —dijo.

—Si averiguo dónde está Harriman, ¿volvería a visitarme? —sugirió.

—Posiblemente, señora.

—Hablaré con mi abogado. El debe de saber sin duda dónde está ese desagradecido individuo. Déjeme su teléfono y ya le llamaré.

Beck sacó una tarjeta de visita. No tenía otro remedio, se dijo, resignadamente.

—Agradezco infinito su actitud, señora —se despidió definitivamente.

Cuando salía de la residencia, lanzó un «¡uf!» de alivio.

—Si continuó diez minutos más, me devora —soliloquió.

Al llegar a su casa, se despojó de las ropas, disponiéndose a tomar una ducha.

Entonces sonó el teléfono.

Envuelto en la toalla de baño, corrió hacia la sala y levantó el auricular.

Era Eunice.

—¡Alan! —gritó la muchacha—. ¡Gilda ha sido asesinada!

* * *

Eunice se sentía terriblemente afligida. Beck no sabía qué hacer para consolarla.

Era casi medianoche y empezó a pensar en la posibilidad de darle un sedante.

—Al asesino le salió mal la primera vez —decía—. Tu llegada la salvó, pero el asesino debía de estar vigilando en las inmediaciones, a fin de darse cuenta del éxito de su fechoría. Cuando se enteró de

que Gilda iba a salvarse, decidió que no podía permitirlo. Tenía que concluir su tarea a cualquier precio, ¿comprendes?

—Desde luego —respondió él—. Fue sencillo ponerse una bata blanca, incluso la compró en alguna parte, junto con un estetoscopio, y así se hizo pasar por médico.

Entonces, le clavó la aguja en el corazón...

—Gilda le conocía. ¿Por qué tuvo que matarla?

—Precisamente por eso mismo. Gilda debió de llegar a la conclusión de que el hombre que había cometido ya varios asesinatos, era alguien al que conocía. ¿Se lo dijo acaso? ¿Dio a entender que sabía quién era? Gilda estaba prometida con Dell Mewnin. Iban a casarse. Quizá quería seguridad para el futuro, pero el asesino se lo impidió definitivamente.

—No tenemos la menor idea de su identidad. ¿Quién es? Lo desconocemos por completo; estamos totalmente desorientados... Seguirá cometiendo asesinatos... Quizá mueras tú en su próximo ataque...

—Lo dudo mucho, pero ahora, Eunice, conviene que dejes de pensar en este triste asunto. ¿Por qué no intentas dormir un poco?

Ella le miró suplicantemente.

—Alan, no me dejes sola —rogó.

Vestida como estaba, aunque descalza, Eunice se tendió en la cama. Beck tomó una de sus manos y, sentado a su lado, permaneció largo rato, hasta que vio que los ojos de la joven se cerraban y su respiración se hacía más regular y acompasada. También se sentía cansado, pero, respetando la petición de Eunice, no quiso marcharse a su casa y se tendió en el lecho a su lado.

Ella tuvo pesadillas durante la noche y se agitó y gimió y lloró, pero cerca de la madrugada cayó en un profundo y reparador sueño, que la hizo sentirse mucho mejor por la mañana. Incluso bromeó acerca del hecho de haber dormido juntos.

—Eso sucederá muy pronto todas las noches —dijo él.

Eunice enojeció.

—Tras ciertos trámites legales, supongo —manifestó.

—Indudablemente. No te lo pediría de otro modo.

Eunice le abrazó con fuerza.

—¿Cuándo acabará todo esto? ¿Cuándo podremos dormir en paz, sin tener que pensar en un inminente ataque del asesino?

—Pronto, muy pronto —contestó Beck, pero era una afirmación aventurada, sin la menor base que permitiera sostenerla con un mínimo de optimismo.

A mediodía, se puso en contacto con el abogado de Evelyn Honney.

—Lo siento —dijo el leguleyo—. No puedo hacer otra cosa que darle el nombre del abogado del señor Honney, pero éste tiene instrucciones de su cliente de no revelar su paradero. Sólo cuando tenga que presentarse en el juicio por el divorcio, hará acto de presencia. Mientras tanto, prefiere guardar el anónimo... para decirlo con palabras menos rebuscadas: quiere permanecer escondido.

Beck había empezado a forjarse una hipótesis acerca de Harriman Honney. Se preguntó si podría confirmarla.

Trató de visitar a Boccero. La agencia estaba cerrada aquel día. No había nadie ni en las oficinas ni en el estudio. Beck se sintió extrañamente desazonado. Parecía como si todos los elementos se pusieran en su contra.

Al día siguiente, asistieron a los funerales y entierro de Gilda Kearn. Dell Mewnin también estaba presente, abrumado por el dolor. Beck y Eunice, discretamente ataviados, escucharon la breve oración fúnebre del pastor. Mientras éste pronunciaba su elegiaco discurso. Beck se fijó en un hombre alto y corpulento, de unos treinta y cinco años y muy apuesto, cuyo rostro se le hizo familiar muy pronto.

Tardó muy poco en reconocerlo. Nunca lo había visto en persona, pero sí en cierta fotografía que había sido el origen de varias muertes. ¿Qué hacía allí Harriman Honney?

A los pocos momentos, se les acercó un hombre. Beck procuraba no perder de vista a Honney. Tenía gran interés en hablar con él.

—¿Cómo estás, Eunice? —saludó Ronnie Boccero remilgadamente—. A usted le conozco, pero no recuerdo con exactitud... —Se dirigió al joven.

—Iba a trabajar en su agencia, bajo el seudónimo de Apolo Morgan —sonrió Beck.

Boccero chasqueó los dedos.

—¡Claro, ahora lo recuerdo! —exclamó—. Señor Morgan, mucho me temo que no voy a poder ofrecerle ningún papel por el

momento. Hay ciertas dificultades...

En el mismo instante, Beck reparó en un detalle que se le había pasado por alto. Pero, simultáneamente, vio algo que le pareció muy importante.

Honney se alejaba con paso rápido. No quería separarse de Boccerro, por lo que, tras pedir permiso unos segundos, se acercó a Mewnin.

—Dell, siga discretamente a aquel hombre —indicó en voz baja—. No lo pierda de vista. Procure averiguar dónde vive. Es de vital importancia.

Mewnin hizo un gesto de aquiescencia. Beck regresó junto a Eunice y Boccerro.

—¿Decía usted, Ronnie...?

—Hay ciertas dificultades, pero son de orden técnico más bien. Quiero hacer una remodelación a fondo de la agencia y la mantendré cerrada una temporada, muy corta, por supuesto. —Se volvió hacia Eunice—. Tu sueldo sigue corriendo, no te preocupes.

Beck no dijo nada. Boccerro no llevaba ahora la enorme boina de terciopelo rojo vino que solía utilizar cuando estaba en el estudio. Vestía corrientemente, un traje oscuro y corbata negra, en la que se apreciaba un enorme alfiler, con tres herraduras de rubíes, como motivo ornamental.

Los cabellos de Boccerro, cortos y ásperos, eran rubios, tirando algo a rojizo.

Los dos hombres se contemplaron unos instantes, en silencio. Eunice les miró extrañada.

Beck adivinó los pensamientos de Boccerro. «Sabe que le he descubierto», se dijo.

Sonrió, mientras aferraba el brazo de la joven.

—¿Nos vamos, Eunice? Tengo un trabajo por terminar en casa y quisiera redactar el informe del análisis, para terminarlo mañana... Señor Boccerro, he tenido mucho gusto en saludarle.

—El placer ha sido mío —contestó Boccerro con voz neutra.

CAPÍTULO XII

—¿Por qué me has traído aquí? —se extrañó Eunice—. Pensé que me llevarías a mi casa...

—Allí no estarías segura. Es mejor que permanezcas a mi lado —respondió el joven.

—No entiendo...

—El asesino es Boccero. Se ha dado cuenta de que yo lo sé y, si no me equivoco, vendrá muy pronto a quitarme de en medio.

Eunice se puso una mano en el pecho.

—¿Hablas en serio?

—Completamente —respondió él con grave acento—. Por eso prefiero que estés aquí. Boccero podría sentir la tentación tal vez de eliminarte, como lo hizo con Gilda Kearn. Iría a buscarte a ti antes que a mí, sabiéndote presa más fácil y yo no quiero que eso suceda, ¿estamos?

—Me tiemblan las piernas... ¿Cómo has podido llegar a semejante conclusión?

—Te lo explicaré más tarde. Mientras tanto, ¿quieres preparar algo de café? Luego me lo llevas al laboratorio... Es la última puerta del fondo. —El joven emitió una de sus brillantes sonrisas características—. Conviene que te habitúes a moverte por esta casa, Eunice. Muy pronto dejarás tu apartamento y te vendrás a vivir aquí.

Ella se sonrojó.

—Me gusta esta casa —dijo—. Y el dueño también, claro.

—Lo sospechaba —rió Beck.

Minutos más tarde, Eunice, con una bandeja en las manos, entraba en el laboratorio de Beck, una estancia muy amplia, con grandes ventanales y dotada de numerosos instrumentos, cuya

utilidad le resultaba desconocida.

—Conque buscador de oro, ¿eh? —dijo.

—También geólogo y prospector de minerales, por cuenta propia —explicó el joven—. Me defiende bien, con la ventaja de que trabajo independientemente. Y tengo una buena reputación, lo que me proporciona más encargos de los que podría aceptar.

—Entonces... habías ido a la sierra para buscar ¿qué, Alan?

—Te lo diré con franqueza. Una compañía minera me encargó una prospección preliminar. He emitido un informe negativo. Ni siquiera saqué un kilo de tierra. ¡Sería una monstruosidad destruir aquellos hermosos parajes! Que es lo que sucedería si la prospección diese resultado positivo, con las excavaciones mineras que se iniciarían muy pronto. No es una zona protegida como Parque Nacional y el dueño de los terrenos podría venderlos para su explotación.

—Comprendo —dijo Eunice—. Entonces, si un día encuentras oro...

Beck hizo un gesto desdeñoso.

—Me dedico a otros minerales menos brillantes, pero quizá más útiles para la industria. A propósito, en ocasiones tendré que dejarte en casa... a menos que quieras acompañarme...

Eunice se colgó de su cuello.

—No te dejaré solo ni un minuto —exclamó, inmensamente feliz.

El teléfono sonó cuando iban a besarse. Beck torció el gesto, pero, resignado, alargó la mano hacia el supletorio situado sobre una de las mesas de trabajo.

—Beck —dijo.

—Soy Mewnin —sonó en sus oídos una voz excitada—. He seguido al tipo que me indicó. Ha entrado en una casa de la calle Doce, en el número mil cuatrocientos nueve, exactamente.

Beck se puso rígido. Conocía aquella dirección.

—Siga, Dell.

—Otro hombre ha llegado minutos después. Es de buena estatura, fornido, con el pelo corto, casi pelirrojo...

—Dell, ¿por casualidad está en una cabina cerca de esa casa?

—Sí, desde luego.

—Continúe vigilando. Avísame apenas salga uno de los dos.

—Descuide.

Beck colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Confirmado —dijo—. Harriman y Boccero están de acuerdo.

Eunice se puso las manos en los dos lados de la cara.

—¿Cómo podíamos sospechar...? Y, ¿por qué, Alan?

—No tardaremos mucho en saberlo —respondió el joven enigmáticamente.

Simulando cierta indiferencia, Beck se aplicó al trabajo de desmenuzar un gran pedrusco encima de una mesa de sólida construcción, sobre la que había una gruesa plancha de metal.

—Tengo que pulverizar parte de este mineral, someterlo luego a examen microscópico, espectroscópico, ensayar algunas reacciones químicas... —Guiñó un ojo a la joven—. Podré presentar una factura muy sustanciosa —añadió—. ¿Qué tal estás en matemáticas?

Aunque Eunice se sentía un tanto nerviosa, procuró sonreír.

—Me defiendo —dijo.

—Perfectamente. Entonces, llevarás las cuentas de la casa y las de mis trabajos.

Beck continuó su tarea. Un cuarto de hora más tarde, Mewnin volvió a llamar:

—El pelirrojo ha salido de la casa. Ahora sube en su automóvil... Voy a ver qué hace el otro...

—Tenga cuidado, Dell; puede ser peligroso —aconsejó el joven.

Colgó el teléfono y clavó la mirada en el rostro de Eunice.

—Boccero viene hacia aquí —anunció.

Ella inspiró con fuerza.

—Querrá... —Pero no se atrevía a completar la frase.

Beck la agarró suavemente por un brazo y la llevó hasta una puerta situada al fondo.

—Es un cuarto de aseo. Si ves que las cosas se ponen feas, salta por la ventana y escapa. No te preocupes de más, ¿entendido?

—Pero... es que yo quiero estar a tu lado...

—Prefiero que Boccero me vea solo. Conviene que ignore tu presencia aquí —insistió él.

Eunice se resignó. Beck cerró la puerta y volvió a su trabajo.

—Me pregunto por qué tuve tan mala puntería aquel día en la sierra —dijo Boccero suavemente desde la puerta del observatorio.

Beck no se volvió siquiera.

—Estaba tan sorprendido como yo —respondió—. Lo que sucede es que yo estoy habituado a moverme al aire libre. Usted es hombre de ciudad. Pero tenía un rifle y yo estaba desarmado. En caso contrario, le habría vencido sin dificultad.

—En caso contrario no habría podido disparar contra Kranz, ¿verdad?

—Tiene usted razón, Ronnie. El pobre Kranz murió por que no quería pagarle cincuenta mil dólares y usted quería dar en él una especie de escarmiento a los demás. Los otros aceptaron al fin pagarle diez mil mensuales, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe? —se extrañó Boccero.

—Hablé con Don Nobbin. Fue suficiente. Supongo que los tres restantes, Shalton, Dunn y McEyden, me habrían dicho lo mismo. Oiga, ¿fue Harriman Honney el que le sugirió la idea de la orgía?

—Algo hubo de eso, en efecto. Lo cierto es que no titubeé en proporcionar su casa...

—La de su esposa. La señora Honney va a pedir el divorcio. Honney se quedará sin un centavo.

Boccero le contempló con admiración.

—Ha averiguado usted muchas cosas —dijo.

—No suele suceder que un tipo me persiga a tiros para matarme, por haber sido testigo involuntario de un crimen. En esas circunstancias, procuro averiguar por qué lo hizo, Claro que —dijo Beck con una sonrisa—, es algo que sólo me ha ocurrido una vez en la vida.

—La suya parece la de un gato... Siempre se salvan...

—¿Quién tomó la fotografía sospechosa? Porque Coutts estaba dentro, en la fiesta...

—Yo —contestó Boccero orgullosamente—. Coutts entreabrió la ventana y entonces disparé la cámara tres o cuatro veces, para evitar posibles fallos. Como fueron fotografías hechas en menos de treinta segundos, puede decirse que son prácticamente iguales.

—Coutts debió de pedirle más dinero del convenido y eso, a usted, no le convenía.

Pero tenía veinte mil dólares en su casa...

—Eran míos. Se negaba a entregarme lo que percibía de los asistentes a la fiesta.

—Y Maltby...

—Sólo quería que le asustase, pero cuando vi que iba a delatarme, no quise que hablara.

—Y disparó contra él en el parque. Bien, ¿quién era el dinamitero?

Boccero simuló pesadumbre.

—Pobre tipo... Quiso hacerlo tan bien, que la dinamita le explotó en las narices. Por mi oficio he llegado a conocer a mucha gente. A veces, tengo que contratar figurantes y siempre acabo de saber cosas sobre ellos.

—Claro, eso le permitió contratar al dinamitero. Esta vez quería usted algo más que asustarme, ¿verdad?

—Ha sido usted mi pesadilla desde el primer día —declaró Boccero rabiosamente—. Cuando vi que no conseguía impresionarle, decidí quitarle de en medio para siempre.

—Lo mismo que hizo con los otros... incluyendo en la lista, claro está, a Gilda Kearn.

—¿Cómo sabe que fui yo? —preguntó el asesino.

Beck soltó una risita.

—Ronnie, usted está en dificultades —contestó—. Eunice se extrañó hace días de no ver su anuncio en la revista que lo publicaba regularmente. Lo cierto es que su agencia va de mal en peor cada día y por eso ideó la fiesta que le permitiría obtener sustanciosos beneficios durante una temporada, a fin de poder salvar el bache. Ya no le compraban sus trabajos, ¿no es cierto?

—Alguien me difamó...

—Porque usted hacía algo más que simples trabajos publicitarios. A determinados clientes no les gusta saber que en el lugar donde se realizan sus anuncios, se ruedan también películas porno. Y hoy día, en este género de espectáculo, la competencia es muy grande... En fin, cosas de la economía de mercado, ¿no le parece?

—Tiene usted toda la razón del mundo. Dígame, Beck, ¿a quién más le ha contado todo lo que sabe?

—¿Le importa mucho? Se lo diré más tarde, pero ahora me gustaría saber por qué mató a Gilda Kearn.

Boccero lanzó una obscena interjección.

—Sospechaba de mí. Averiguó que fui yo el que tomó las fotografías y amenazó con denunciarme. Tenía un contrato conmigo y quería romperlo. A mí no me convenía; era una de las mejores modelos...

—Claro, o mía o de la tumba fría —dijo Beck sarcásticamente—. Fue a su casa, discutieron, tal vez, luego la dejó sin conocimiento y la obligó a continuación a ingerir los sedantes para que se creyera era un suicidio. Cuando vio que iba a salvarse, gracias a mi oportuna llegada, supo que ella lo delataría y decidió concluir la tarea... con la aguja de ese horrible alfiler de corbata que lleva y que tiene casi diez centímetros de longitud. Maltby se lo vio, y también el pelo y creyó que era totalmente pelirrojo, seguramente debido a una iluminación defectuosa. No mencionó el bigote y eso es lo que me despistó en cierto modo. A propósito, ¿qué ha sido de Honney?

—Es un tipo cobarde, rastrero... Se ha quedado sin dinero, porque su mujer le ha echado de casa. Ha venido a suplicarme que haga algo... Sollozaba vergonzosamente...

—¿Le ha amenazado?

—Eso ya no me preocupa.

Beck sintió un escalofrío. «Otro crimen más», pensó.

—Y ahora —dijo en voz alta—, va a disparar contra mí.

—Le tengo en la mira de mi revólver —anunció Boccero fríamente.

Beck estaba desde el primer momento junto a la mesa sobre la que desmenuzaba el fragmento de material que debía analizar. Lo había partido en varios trozos, del tamaño de un puño, aproximadamente. El pesado martillo continuaba en su mano derecha. Súbitamente, movió el martillo, haciendo que describiese un semicírculo horizontal. Uno de los trozos de mineral voló por los aires, despedido como si hubiese sido una pelota de golf.

El pedrusco tomó una trayectoria ligeramente ascendente y rozó la mejilla izquierda de Boccero. El asesino se tambaleó, a la vez que lanzaba un aullido de dolor.

Vacilando aparatosamente, retrocedió unos pasos. Beck se dispuso a lanzarle el martillo, mucho más efectivo, se dijo, que un simple trozo de piedra. Pero, en el mismo instante, alguien surgió

en la puerta y disparó tres veces contra Boccero.

El asesino cayó sin un solo grito, muerto instantáneamente. Beck fijó la vista en Mewnin.

—Hubiera bastado un solo tiro —dijo con acento de reproche.

Mewnin irguió la barbilla.

—He vengado a Gilda —dijo—. Pero también le he salvado a usted la vida, me parece.

—Muy cierto —admitió Beck.

—El otro tipo, el que usted me pidió le siguiera, ha muerto. Lo mató él.

—Sí, ya me lo imaginaba. Dell, vamos a tener complicaciones...

—En todo caso, serán para mí, no se preocupe.

Eunice asomó la cabeza en aquel momento. Beck agitó la mano.

—Todo marcha bien, querida— sonrió.

* * *

—De modo que es aquí donde vamos a pasar la luna de miel —dijo Eunice algunos días después.

—Sí. La señora Kranz consintió en alquilarme su cabaña. ¿Te parece mal, cariño? Me parece magnífico. A propósito, ¿sabes que, por fin, han encontrado mi coche? Le habían cambiado la matrícula y estaba en una agencia de venta de automóviles usados... También aparecieron las ropas...

—Coutts quiso vengarse de ti, despechado por su fracaso —dijo Beck—. Pero olvídalo ya: eso queda muy lejos, a un millón de años de distancia. Ahora sólo nos interesa lo que está mucho más cerca: nuestro futuro.

Eunice le besó apasionadamente.

—Me siento muy feliz —dijo.

Descargaron las cosas del coche y las entraron en la cabaña. Luego, Eunice dijo que quería hacer algo antes de preparar la comida.

—¿Qué es? —preguntó Beck, extrañado.

Eunice le agarró de la mano y tiró de él hacia el exterior.

—Ven y lo sabrás —dijo.

Momentos más tarde, estaban sobre la piedra en que se habían encontrado por primera vez. Eunice empezó a quitarse la ropa.

—Ahora ya no me importa. Eres mi marido —sonrió.

—Tendré que hacer lo mismo —dijo él.

—Yo no quiero obligarte a nada, pero...

Un minuto más tarde, Eunice se lanzó de cabeza al remanso. Beck la siguió inmediatamente y buceó hasta tocar el fondo con las manos.

La transparencia de las aguas era absoluta. Beck tenía los ojos abiertos para poder seguir a su esposa. De pronto, vio algo en el fondo y lo cogió con dos dedos.

Emergió a la superficie. Eunice había salido instantes antes.

—¡Alan! ¿Dónde estás? —gritó.

—Aquí, cariño...

Sosteniéndose a flote con ligeros braceos, se acercó a ella y pasó un brazo por su cintura. Luego le enseñó lo que había encontrado entre las piedras del fondo.

—Mira. Eunice.

Los ojos de la joven se dilataron.

—Es... ¡oro! —gritó.

Era una pepita que apenas pesaría medio gramo. Beck sonrió y luego la tiró desdeñosamente por encima del hombro.

—Ahora tengo en las manos algo que vale infinitamente más —dijo a la vez que la atraía hacia sí.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.